Este libro es de lo mas origi
nal que cabe

que rayos dice

BREVE NOTICIA

DE

LA VIDA Y VIRTUDES

DE LA SEÑORA

DOÑA CATALINA DE YTURGOYEN AMASA

Y LISPERGUER,

CONDESA DE LA VEGA DEL REN.



ESCRIBIALA

EL SEÑOR DOCTOR DON JOSE MANUEL BERMUDEZ,
CANONIGO MAGISTRAL DE LA SANTA IGLESIA
METROPOLITANA DE LOS REYES.

LIMA.

AÑO DE M.DCCC.XXI.

IMPRENTA DE RIO.

AL SEÑOR DON JOSE MATIAS VAZQUEZ de Acuña, Menacho, Morga, Zorrilla de la Gandara, Iturgoyen, Amasa, Lisperguer, Roman de Aulestia, Gomez, Boquete, Rivera, Mendoza, Rámos, Galvan, Borja, Maldonado, Muñoz de Padilla, Fernandez de Ojeda y Caballero, sexto conde de la Vega del Ren, caballero del órden de Santiago, capitan del batallon provincial de infantería de Españoles de Lima, alcalde ordinario y regidor que fué de ella, elector de la Abadía de S. Andres de Tabliega, en la Merindad de Montija, en el arzobispado de Búrgos, Patron del convento grande de Nuestra Señora de Gracia, del órden de los hermitaños de S. Agustin de dicha ciudad y su capilla del Santo Cristo de Búrgos, de la de Todos Santos de esta santa iglesia catedral, y del colegio de S. Pablo, que fué de la Compañía de Jesus (*).

Es costumbre casi invariable, desde que hay escritores en el mundo, que no se dé obra alguna á luz sin su Mecénas. Yo no me quiero apartar de las huellas

(*) Posteriormente, con fecha 21 de setiembre de 1819, fue agraciado dicho señor con la llave de Gentil-hombre de cámara de S. M. con entrada.

de los que me han precedido: y habiendo de señalar alguno ¿á quién mejor que á V. S.? ¿Hay otro á quien interese mas esta pequeña produccion de mi débil ingenio? Su objeto es la heroina mas ilustre de su familia, en cuyo adorno compitiéron la nobleza y la virtud, que vienen á resaltar en la persona de V. S., que tambien ha cooperado á la formacion de este papel con sus repetidas instancias, y con la solicitud de quantos documentos han podido conducir á su execucion. Habiendo pues tenido tanta parte en su exîstencia, es preciso que corra de su cuenta su conservacion. Recíbala V. S. como cosa propia, y como una muestra de lo mucho que deseo complacerle, disimulando su generosidad los defectos que tenga por ser mia.

Dios guarde á V. S. muchos años. Lima y abril 1.° *de* 1815.

B. L. M. de V. S.
Su mas atento capellan
José Manuel Bermudez.

RAZON DE LA OBRA.



Emprendo escribir los asombrosos hechos de una heroina americana, que puede competir con las mas famosas que ilustráron al mundo antiguo, y servir de edificativo exemplo á las personas de su sexô y condicion. En la sagrada religion que profesamos, abundan los modelos de perfeccion y santidad; pero nunca dexan de ser utiles los que de nuevo se multiplican en la Iglesia. Siempre es muy laudable y digna de nuestra memoria, esa portentosa fecundidad de tan santa madre, con que le ha dado, le da y dará á Dios mucha gloria en todos los siglos. ¡Gran preeminencia la suya! En su gremio todos pueden salvarse y ser santos. No solo los ministros del santuario dedicados á conservar puro el fuego que en él arde, y á quemar inciensos sobre los altares: no solo los anacoretas y solitarios moradores del

hiermo y los desiertos: no solo los monges y religiosos entregados á la abstraccion y retiro: no solas las vírgenes recatadas que siguen al cordero inmaculado por donde quiera que vaya, consagradas por voto á su servicio; ni solas las viudas que, llenas de desengaños, se sumergen en la obscuridad á llorar su desolacion y desamparo.

No solo digo hay almas perfectas en las referidas profesiones, tambien se admiran en los estados que no pueden prescindir del bullicio y afanes del mundo. En todas condiciones y sexôs se nos presenta la mas hermosa perspectiva y variedad, de que resulta el reino de Jesucristo. Poco importa que de qualquier lado que nos volvamos, nos ocurran escollos y precipicios, y que mil ocasiones de caida nazcan á cada instante debaxo de nuestros pasos. Hay en efecto riesgos en las riquezas, en que las comodidades fortifican las pasiones: en la pobreza, en que las murmuraciones debilitan la fé: en el celibato, en que la concupicencia arrastra al delito: en el matrimonio, en que la duracion del vinculo resfria el amor conyugal: en la soledad, en que cada uno es enemigo de sí mismo: en las compañias, en que se vician los afectos con el fuego que

reciben y con el que inspiran: en el comercio, en que se esfuerza á prevalecer el engaño: en los tribunales, en que el interes trabaja por sufocar á la justicia: en las diversiones, en que todo irrita á la malicia: en fin, riesgos hasta en los lugares sagrados, en que la vanidad y el luxo se atreven á insultar á Dios en su mismo trono y delante de sus altares. Pero nada de esto es inaccesible é insuperable: todo se puede vencer y facilitar con los auxîlios de la divina gracia.

Es verdad que al contemplar tantos peligros que por todas partes nos cercan, nos clama el profeta que huyamos de enmedio de la Babilonia del mundo. Si quereis salvaros, nos dice, dexad esa morada contagiosa en que triunfa la maldad, en que se desprecia la virtud, y en que la corrupcion inficiona á la inocencia. Mas no por eso debemos concluir que, para justificarnos, nos sea absolutamente necesaria una separacion total y exterior del mundo. Esta nos es imposible durante nuestra mansion sobre la tierra. Y aunque haya en ella asilos donde ponerse á cubierto de la malicia y vanidad, no á todos los lleva allí su inclinacion, ¿ni donde nos retirarémos para desviarnos de nosotros mismos y de

se estaba aun exâlando recientemente el buen olor de sus virtudes, quando todavía vivian los testigos que la conocieron y trataron con inmediacion, sé hubiese recogido y congregado el tesoro de sus gracias, juntandose las noticias que estaban en boca de todos. Con que solo se conservase el sermon fúnebre predicado en Pisco en sus solemnes exêquias en el año de mil setecientos treinta y dos, que fué el de su muerte, por uno de los mas célebres y eloqüentes oradores de aquella era, tendriamos mucho adelantado. Pero apenas quedaron unos ligeros y confusos apuntes que hizo el doctor Don Juan José de Ribadeneira, del que consta que fué cura de la villa de Pisco desde el año de mil setecientos veinte hasta el de mil setecientos veinte y tres; conservándose en los libros parroquiales varias firmas suyas en dicho espacio de tiempo, hasta que por agosto de mil setecientos veinte y tres se presentó á este venerable dean y cabildo en la sede vacante del ilustrísimo Don Antonio de Soloaga, nono arzobispo de esta metrópoli, pidiendo permiso, que se le concedió, para ir á tomar posesion de la dignidad de tesorero de la iglesia del Cuzco, á que habia sido promovido.

Este, varon esclarecido, testifica que confesó y dirigió por mucho tiempo á la señora condesa de la Vega. Por mas diligencias que se han hecho, no se ha podido averiguar en qué tiempo. Solo se conjetura que en especial cuidó de su espíritu el año de mil setecientos veinte y tres, que fué el último de su residencia en Pisco, donde se retiró la condesa, despues que volvió con su marido del corregimiento de Castrovi-reina. Así con el motivo de haber gobernado á un espíritu tan sublime en el confesonario, tuvo ocasion de sacar diversos apuntes de los asuntos que le comunicaba y consultaba. Memorias preciosas que se guardan por un timbre inestimable entre los papeles de su casa ilustre: y ni aun estas se hallarian, á no haber tenido un ánimo firme y resuelto de que todas sus cosas pasasen por el exâmen de su confesor. Por lo qual le consultaba frecuentemente de palabra ó con la pluma, que á no ser de esta suerte nada sabriamos de su conducta interior. Pues la humildad, que hizo su carácter, se empeñó en ocultar las preeminencias con que distinguió el cielo á su grande alma, como acostumbra executarlo con otros insignes siervos del Señor: quizas para engrandecerlos mas, ó porque

aun no habia llegado el tiempo prefixado por la Providencia, para hacer resplandecer sus hechos con todo su brillo. A pesar de la multitud de años que han corrido, su luz penetra y llega hasta nosotros disipando las nieblas interpuestas.

Su noble viznieto que posee su título, y sucedió en él, cuenta entre sus mayores glorias, la de tenerla por progenitora. Y como la piedad y religion hacen el distintivo mas digno de su casa, desea aprovechar las referidas memorias, uniendolas á algunas otras que nos ha trasmitido la tradicion, para que de todas juntas se forme una sucinta idea, ó un bosquejo del heroismo de su insigne visabuela, que sea un modelo de su posteridad, y exemplar de las de su clase. Deseoso de cooperar á tan laudables anelos, y condescender con tan justos intentos, ya que no acierte á copiar cabalmente el original, así por la insuficiencia de mi pincel, como por la escasez y falta de materiales y colores, imitaré el ingenioso arbitrio de un pintor famoso de la antigüedad, que para representar en breve tabla la proceridad de un gigante, dibujó un dedo, á fin de que de la grandeza de este se infiriese la estatura de aquel. Con solo un rasgo sa-

tisfizo á los ojos de sus espectadores, dexando á la imaginacion de estos que concluyese el retrato. Nos hallamos en un caso semejante. Los apuntamientos que exîsten son pocos, sueltos, sin trabazon, enlace, ni cronología. Ellos nos hacen columbrar un prodigio, aunque en caos y confusion. Supla la industria: desenvolvámoslo en algun modo, y salgamos de tan intrincado laberinto con el socorro de algunas luces extrañas que nos despejen el camino para seguir á este luminoso astro desde su alegre oriente hasta su feliz ocaso: parandonos á exâminar los resplandores de que dexó sembrada su carrera: quiero decir, que hagamos una narracion sucinta de tan asombrosa vida, exâminando al mismo tiempo las principales virtudes que la hermosearon.

Antes de pasar adelante, debemos detenernos un poco en la autoridad de los documentos de que nos hemos valido. Ellos no merecen mas de una fé meramente humana; pero muy circunstanciada por la calidad, juicio, piedad y buen nombre del que nos los ha ministrado. Sostenida por la fama pública que aun dura, despues de mas de ochenta años que han corrido desde que murió la señora

condesa, lo que testifica la tradicion está muy conforme con lo que se lee en las noticias manuscritas: y este mutuo apoyo que se prestan la una y las otras, hacen un vigoroso argumento que nos inclinan á la credibilidad de los sucesos. No pretendemos de modo alguno prevenir las respetables determinaciones de nuestra madre la santa Iglesia católica, apostólica, romana, sino solo preservar del olvido total esos preciosos restos que se nos han conservado por la soberana providencia. Todo se sujeta á su correccion, como nos lo ordenan sus supremos oráculos. Con todo, nos es preciso tener presente que la misma Iglesia ha hecho siempre mucho caso y un gran aprecio de los testimonios de los confesores pios y sábios, en las causas de los siervos de Dios, cuyas conciencias han dirigido, para acreditar su santidad y virtudes. Podrian aducirse muchos y muy oportunos exemplos sacados de las vidas de Santa Francisca Romana, Santa Teresa de Jesus, Santa ROSA de LIMA, y de otros santos y santas que veneramos sobre los altares.

Uno de los mas notables es el de Santa Catalina de Sena, en cuyas lecciones que aprobó la santa silla para su oficio, se promulgó el raro y

estupendo prodigio de la impresion de las llagas de luz en las manos, pies y costado de la santa por el testimonio de su confesor el célebre dominicano Raimundo de Capua: *Quod ita contigisse, cum Dei famula confessario suo Raimundo retulisset, ut oculis etiam representaretur, radios in imaginibus beatæ Catharinæ ad dicta quinque loca pertingentes pia fidelium cura pictis coloribus expressit.* ¿Por qué, pues, no podremos dar crédito á la relacion del señor Ribadeneira, que en su mismo contesto está demostrando su sinceridad y buena fe? Habla intimamente convencido de lo mismo que habia palpado y experimentado: de lo que oyó, vió y admiró como si lo tocara con las manos. Llama á la condesa rica de virtudes y verdaderos tesoros de gracias y favores. „¿Y por qué no creeré yo, „ añade, en un rapto de su asombro: por qué no „ creeré que Dios se los hizo á una alma tan hu„ milde, quando sé que los humildes se roban el „ corazon á Su Magestad, y son dueños de sus ri„ quezas y dones celestiales: *humilibus dat gratiam*?

„ ¿Por qué no creeré piadosamente, prosigue, „ los favores del cielo, que me comunicó á esta mu„ ger que pareció siempre un prodigio à sus con-

„ fesores? ¿Qué no era amiga de visiones, antes sí
„ sentia que Dios la llevase por ese camino? Motivo
„ porque las ocultó siempre. Y si las decia al con-
„ fesor era á mas no poder, y solo por salir de las
„ dudas, dificultades y escrúpulos que le ocurrian y
„ afligian sobremanera.“ Por lo que lo mas de ella se ignora y no se sabe. Concluye el autor su papel protestando, que quanto en él ha apuntado lo sujeta al parecer de los doctos en la mística: al juicio y censura de los tribunales eclesiásticos, porque no ha tenido mas impulso para el trabajo que ha abrazado con gusto, sacándolo de los apuntes que hizo de las cosas que decia la condesa y sabia de ella, sino porque Dios sea glorificado, y que con tan ilustre exemplo se alienten las almas á la virtud.

§. I.

PATRIA DE LA SEÑORA CONDESA.

En todos tiempos han estimado mucho los hombres las preeminencias del lugar de su nacimiento. No solo se glorían los pueblos y ciudades de haber sido cunas de sugetos eminentes, disputándose el honor de haberlos producido, como lo hiciéron siete de las mas famosas ciudades de Grecia, queriendo apropiarse á Homero: tambien los mismos héroes han numerado entre sus mas esclarecidas prerogativas las del suelo en que naciéron. De aquí es que los escritores que describen sus proezas, emplean sus mas vivos razgos en delinear su pais nativo. Para no alejarnos de nuestras regiones y propósito, traigamos á la memoria una de las mas raras maravillas del Perú, á la incomparable ROSA de SANTA MARIA, entre cuyos singulares distintivos cuenta la sublime pluma, que con divino entusiasmo bosquejó su retrato, que por darla en la patria mas estima, no pudiendo en el Cie-

lo nació en Lima: pedazo desacido de la esfera por su riqueza, nobleza, ciencia y virtud (a).

Si la Señora Condesa de la Vega del Ren no nació en Lima, vió la luz en Chile. En ese pais afortunado que sobresale por su opulencia, esplendor y abundancia: por su sabiduría, piedad, perpetua primavera, y por las ventajas de su Cielo. Calidades que si no le merecen el primer lugar, no permiten á lo ménos, que se le dispute el segundo. Situado en la parte mas austral de nuestra América meridional, tiene por límites al Perú por el Norte: al estrecho de Magallanes y tierra del Fuego por el Sur: al Tucuman y Buenos-Ayres por el Oriente, y al mar del Sur por el Occidente, como tambien al Norueste al Brasil y Paraguay. Se extiende á lo largo de Norte á Sur quatrocientas setenta y dos leguas; y á lo ancho por la parte que mas, solas quarenta y cinco leguas, siendo como una faxa entre el mar del Sur y la cordillera de los Andes. De esta nacen y descienden muchos rios, que riegan y fertilizan sus hermosos valles y llanuras. Fué descubierto por el Español Diego de Almagro en

---

(a) El Conde de la Granja en su Poéma heróico de la vida de Santa Rosa. *Canto I. octava* 91 *y* 92.

mil quinientos treinta y cinco, y acabó su conquista el famoso Pedro de Valdivia.

Son muy regladas sus estaciones: empieza el verano por setiembre, el estío en diciembre, el otoño en marzo, y en junio el invierno. Su temperamento se asemeja al de España, y varía segun las alturas. Por lo general es un pais delicioso, abundante y muy pingüe de quanto es necesario para la comodidad de la vida. Sus campos y tierras producen los frutos mas apetecidos en Europa y América, y en tal copia, que puede decirse sin exâgeracion, que Chile es la troxe ó granero de las provincias mas remotas del contorno. Sus trigos, linos, vinos, aceytes: sus frutas tan esquisitas como varias: sus flores, yervas medicinales y aromáticas: sus pastos y dehesas que mantienen cantidad incalculable de crias y ganados, tan útiles por sus carnes, lanas y cueros para el abasto, abrigos y manufacturas: sus poderosísimas y opulentísimas minas de todos metales: en una palabra, quanto Chile produce lo hace una imágen del paraiso plantado para beneficio del hombre.

Por lo que no dudó un escritor moderno proferir en su elogio, que es la region mas fértil, abundante, rica y deliciosa de toda la América, concediéndole liberalmente la naturaleza quanto escaseó

á las otras. En sus rios hay copia de peces delicados: solo el marisco de sus costas podría sustentar reynos dilatados. Sus montes inagotables, y muchos aun no tocados, proveen los árboles mas necesarios y hermosos, muchos de los que conservan un contínuo verdor en todo el año. Y entre pocas fieras abrigan diversidad de animales, que alhagan al gusto con la bondad de sus carnes, y aves de toda especie que hechizan el oido y la vista con la dulzura de su canto y con los matices de sus plumas.

En pais tan delicioso descuella entre otras ciudades la conocida hoy por Santiago, llamada ántes Nueva-Extremadura, en obsequio del citado conquistador Pedro de Valdivia, extremeño de origen, que la fundó en mil quinientos quarenta y uno. Està situada en un espacioso y ameno valle, al que comunica su nombre, y al que por el Oriente cierra la cordillera de los Andes: por el Poniente las colinas de Prado y Poanque: al Norte el riachuelo de Colina, y al Mediodia el rio Mapocho ó Topocalma: cuyas agradables corrientes que atraviesan, riegan y al mismo tiempo fertilizan á todo el valle, bañan tambien la ciudad. Su planta y temperamento se presentan como los mas ventajosos y gratos que puede ofrecer la idea. Su terreno participa con preferencia de la fertilidad y abundancia que reina en

toda la comarca, sin que nada se eche ménos allí para la comodidad y regalo. Sus calles son anchas, derechas y empedradas, que forman islas en todo iguales. Las casas, aunque baxas, son cómodas y hermosas, adornadas de jardines con copioso riego.

Domina en el centro de la poblacion la plaza mayor en que se eleva una magnífica fuente. La fachada del Norte ocupa el palacio del presidente, tribunales y cabildo: la del Poniente la Iglesia catedral y casas episcopales. Es sufraganea de la de los Reyes ó Lima, erigida en mil quinientos sesenta y uno por Paulo IV. Ademas de la suntuosa catedral tiene quatro parroquias, ocho conventos de regulares, siete monasterios de religiosas, un beaterio, una casa de recogidas, otra de niños expósitos y otra de exercicios. Ilustran á aquella capital muchas familias de la mayor distincion y riqueza, y los tribunales de audiencia, cruzada, cuentas y casa de moneda. Concedió el rey á esta ciudad el título de muy noble y muy leal: por armas un escudo en campo blanco, y un leon rapante en medio con una espada en la mano, orlado de ocho veneras de oro. Ha sido nido de nobles águilas, de génios sublimes, que sería largo numerar. Esta misma fué tambien cuna de nuestra venerable condesa;

§. II.

SUS PADRES.

ENTRE las familias mas ilustres que sobresalian en la ciudad de Santiago de Chile, á fines del siglo diez y siete, se contaba la de Don Pedro de Iturgoyen, Amasa y Pastene, natural de la mencionada ciudad, donde fué corregidor y teniente de capitan general, y obtuvo tambien el empleo de maestre de campo general de aquel reyno, y de gobernador del puerto de Valparayso. Habia casado con Doña Catalina de Lisperguer, Andia é Irarrazabal, oriunda de la propia ciudad. De cuyo tambien concertado matrimonio nació la heroina de nuestra historia.

Aunque la virtud se basta á sí misma, y el esplendor con que ilustra á los que la poseen es superior á quanto brilla entre los hombres, con todo, hay entre estos ciertas prerogativas, que le sirven á aquella de mucho ornato. Entre todas ocupa el primer lugar la nobleza de extraccion, aun entre los que desprecian las vanidades del mundo. Hasta nuestro divino Redentor, revestido de nuestra naturaleza para servirnos de exemplar y modelo, no se des-

deñó de proceder de los mas nobles Patriarcas, y de los Reyes mas ilustres de la casa de Judá. Para enseñarnos que la sagrada religion que estableció sobre la tierra, y que tenemos la dicha de profesar, no se opone á un distinguido nacimiento que se realza mas con su exercicio.

No será pues extraño, que quando se va á formar el retrato de la inocencia y perfeccion de la Señora Condesa de la Vega del Ren, se le represente adornada de una joya que tanto la ensalza, sin los riesgos ya de la vanidad y elacion. No entrarémos en una relacion prolixa de su nobilísima prosapia. Expondrémos quanto baste á nuestro propósito, empezando por lo respectivo á su línea paterna. Para descubrir cabalmente su explendor, sería necesario profundar y sumergirse en las remotísimas antigüedades de la provincia de Guipuzcoa, lo que sería muy ageno de nuestro asunto. Por lo que sería suficiente fixar primeramente la consideracion en el licenciado Juan de Yturgoyen, auditor general de las villas de San Seaastian, Fuenterrabía y su castillo, corregidor de la expresada Guipuzcoa, que unido en matrimonio con Doña Bartola de Amasa de la misma provincia, fué glorioso visabuelo de nuestra heroyna.

De tan venturoso enlace provino su abuelo Don Bernardo de Yturgoyen y Amasa, de la villa

de Rentería en Guipuzcoa, maestre de campo de infantería y caballería del estado de Arauco y Tucapel, corregidor de Lipes y Santiago de Chile, su regidor, alcalde ordinario, teniente de capitan general de mar y tierra de esta ciudad y su jurisdiccion, puertos de Valparayso y demas de aquel reyno. Su encomendero por Su Magestad y uno de sus doce beneméritos. De cuya union matrimonial con la Señora Doña Lucía Pastene y Justiniano, nacida tambien en Santiago, fué fruto Don Pedro, padre de nuestra Condesa. Sin que sean de menos recomendacion los laureles que por la línea materna rodean sus sienes.

Desde principios del siglo diez y seis descollaba entre los nobles hijos de la antiquísima ciudad de Wormes en Alemania, Pedro Lisperguer, su quarto abuelo, descendiente de los duques de Saxonia. Era allí cónsul, quando Juan Federico, su sexto elector y duque, fué preso por el emperador Cárlos V el año de mil quinientos quarenta y seis, de resulta de la batalla del rio Albis. Entónces entregó las llaves de Wormes al Cesar, en cuyo servicio pasó con la corte imperial á España su hijo Pedro de Lisperguer en el mismo año de mil quinientos quarenta y seis. Fué nombrado capitan de uno de los navíos del cargo de Don García de Mendoza, para que pa-

de San Pedro Inocencio XI, el trono de España Don Cárlos II, y el obispado de Santiago Don Fray Bernardo Carrasco, su duodécimo prelado (b). Se dexó ver la niña adornada de las prendas de hermosura y sanidad que la hacian muy propia para los destinos á que la preparaba la Providencia. A fin de empezar á verificarlos, era necesario procurarle los dones sobrenaturales por medio del Santo Sacramento del Bautismo, que la pusiese en aptitud de hacer en el camino de la santidad los progresos que serían la admiracion de su siglo. Le confirió la sagrada ablucion el Reverendo Padre Nicolas de Lillo, jesuita, en la parroquia de aquella Catedral, en diez y seis del citado mes, siendo sus padrinos el capitan Pedro de Elso y Doña Juana Sagredo.

No nos ha conservado la memoria, alguno de aquellos indicios que suelen preceder á las vidas de los sugetos queridos de Dios; y que aun en la edad mas tierna son anuncios nada equívocos de una perfeccion futura. Como son la mansedumbre, docilidad

---

(b) Don Fray Bernardo Carrasco, natural de Zaña en el Perú, dominicano de profesion, provincial de Lima, fué presentado obispo de Santiago en 1679. Acabó su Catedral cediéndole el Rey los dos novenos reales. La consagró, y fué promovido à la Paz en 1694.

de genio, tolerancia y sufrimiento con otras bendiciones de dulzura con que sabe el Señor distinguir de antemano á sus criaturas, que prepara para grandes cosas. Se guarda un profundo silencio sobre estas señales, que quizás las hubo, y nos ha privado de su noticia la distancia de mas de un siglo, en que han perecido quantos podrian testificarlas. Cooperando á lo mismo la humildad de la Condesa, que cuidó de que nada se supiese de quanto le pertenecía. Se habría salido plenamente con su intento, sino hubiera permitido Dios que sus dudas y escrúpulos que la afligian le hiciesen traicion, obligándola, á pesar suyo, á revelar y manifestar á sus confesores lo poco que de ella sabemos. Del mismo principio nace, que no podamos asentar cosa alguna del tiempo en que se le ministró el Sacramento de la Confirmacion, que debemos creer de la piedad de sus nobles y católicos padres, que no se le dilataría por mucho tiempo, y mas, habitando en un pais donde residía un Señor Obispo.

Lo que hay de cierto es, que no fué el único fruto de aquel matrimonio. Tuvo un hermano y tres hermanas: y parece muy conforme á razon, que apuntemos algo de ellos, que no se hiciéron indignos de serlo; ántes sí, sostuviéron su fraternidad y correspondiéron á los nobles y generosos sentimientos de su

prosapia. Su hermano varon fué el comisario general Don Pedro de Yturgoyen, Amasa y Lisperguer, que fastidiado del siglo y su vanidad, eligió la mejor suerte. Ordenado de sacerdote se ajustó á una vida exemplar, y abstraida de los honores y empleos que podrían proporcionarle su ilustre cuna y conexîones. Lo que denota que la piedad y retiro del mundo habian hecho su nido y mansion en aquella noble y buena familia.

Una de sus hermanas Doña María de Yturgoyen y Lisperguer casó con Don Tomas Ruiz de Azúa, natural de la provincia de Alava, una de las tres de Vizcaya, regidor y alcalde ordinario de Santiago de Chile, maestre de campo general de aquel reyno y gobernador de las armas del puerto de Valparayso. Tuviéron por hijos á Don Pedro Felipe de Azúa, obispo de Chiloé y de la Concepcion de Chile y arzobispo de Santa-Fé. A Don Tomas de Azúa caballero del órden de Santiago, primer rector de la universidad de San Felipe de Santiago de Chile, y fiscal protector de su real audiencia. A Doña Ana de Azúa, marquesa de la Cañada-hermosa, muger legítima de Don José Marin de Poveda y Urdanegui, marques de dicho título, cuya hija, Doña María Constanza, casó con su tio el referido fiscal protector Don Tomas de Azúa, habiendo nacido de estas ra-

mas, nobles retoños que las han ilustrado é ilustran aun. La segunda hermana de la Señora Condesa, Doña Luisa de Yturgoyen, casó con Don Bartolomé de Roxas y Córdova, y dexó sucesion. La tercera y última Doña Ignacia de Yturgoyen, tomó el habito de religiosa y profesó en el monasterio de Agustinas de Santa Clara de Santiago.

Esta enumeracion de los deudos de nuestra Condesa no debe mirarse como importuna, quando se vá á dar una idea de su vida y virtudes. Porque, ¿ quién no vé que estas brillan mas en medio de su nobleza, como un diamante engastado en un metal precioso, y entre otras piedras estimables que lo cercan y rodean, y mas quando entre estas no se reconoce alguna que en lo mas leve desdiga de su belleza? Ademas de ser esta una prueba constante, práctica y multiplicada de que la humildad de la Cruz de Jesucristo, no anda reñida con la humana grandeza, á la que puede servir de eficaz estímulo tan noble y realzado exemplo.

No es dudable que sus ilustres y piadosos padres pusiéron todos sus esmeros en su crianza y educacion, y que éstas prendiéron maravillosamente en su tierno corazon, como se arraigan felizmente las plantas en una tierra bien dispuesta y preparada. Poco han hecho los padres con haberles dado á sus

hijos el primer ser, sino tratan de comunicarles el segundo mas importante, moderando sus pasiones nacientes y rectificándolas con la enseñanza y el exemplo. Aun en los genios duros é indóciles labra mucho el cultivo para suavizarlos y ablandarlos, y las primeras impresiones que reciben les quedan fuertemente gravadas por mucho tiempo, á manera que permanece indeleble el buen olor en un vaso reciente y nuevo. La vigilancia y el cuidado logran domar las mas perversas inclinaciones. Y esto se consigue mas fácilmente, quando los niños han tenido por suerte una buena alma. La de la Condesa fué de esta clase; por lo que sus padres y maestros tuviéron poco trabajo en inspirarle los primeros rudimentos de las ocupaciones propias de una niña cristiana y noble. Presto aprendió á orar, leer, escribir y coser. Muy distante de los juegos frívolos y vanos entretenimientos en que suele perderse lo mas precioso de la primera edad. Desde que tuvo cinco años hizo rápidos progresos en la santidad y perfeccion. En tan feliz época, aseguró ella misma á su confesor el Doctor Don Juan José de Rivadeneira: la previno y rayó en su alma el uso de la razon.

§. IV.

SU PUERICIA.

DESDE entónces tuvo expedíto su entendimiento mediante la perfeccion de sus órganos para conocer á su autor supremo. Ilustrada muy de antemano de aquella luz celestial que dice la Escritura, alumbra á quantos vienen á este mundo, aprovechó todos los dones que le son inseparables sin malograr ninguno de sus rayos. Con el auxîlio de esta claridad que jamás dexa de iluminar á todo mortal, para que nadie tenga escusa, y que es regular se difunda con mas abundancia en los espíritus raros y privilegiados, como el de la Condesa, amó mucho á Dios desde esa edad, como lo declaró á su citado director. ¿Y. cómo pudo amarlo sin conocerlo? En consecuencia de este conocimiento quedó intimamente convencida de su obligacion de consagrarse al Señor, dedicándole sus potencias y sentidos, y volviéndose enteramente á Su Magestad desde aquel momento. Por lo que no es de estrañar que desde aquel instante fuese Dios el único objeto de su memoria, de sus pensamientos y afectos. Podemos pues asentar, que desde aquel tiempo venturoso conoció con toda claridad las perfecciones y atributos divinos que le pro-

ponian las primeras instrucciones y enseñanza que recibió, complaciéndose especialmente en iluminarla el mismo numen supremo en materia tan importante y delicada, cuya noticia á nadie escasea, como se explica el Apóstol.

Esta luz superior que con tanta anticipacion le descubrió á su hacedor, le hizo patente su bondad para apreciarla, su poder para acogerse á él, y su justicia para tener horror á cuanto fuese ofensa suya, y en que asomase la menor sombra de pecado. Al conocimiento de Dios seguía el de su nada y flaqueza: la desconfianza de su debildad tan propensa á qualquier caida. Por eso se propuso tener siempre un eficaz anhelo de complacer á Dios en todas sus acciones, observar un insigne retiro de las criaturas, una suma indiferencia y disgusto para la vanidad y las cosas del siglo, y una aplicacion indecible al cumplimiento de sus deberes. ¡Qué bella cosa era contemplar á esta Señorita tierna despues de ofrecerle á Dios las primicias del dia, madrugando ántes que toda la familia, ensayarse muy de mañana en el cuidado de su casa, aliviando á su madre y aplicándose á exercitar las ocupaciones propias de su sexô, que lexos de oponerse á la virtud y nobleza la realzan y hacen mas estimable! Desde muy niña se levantaba á las tres de la mañana para

ponerse en oracion: y le manifestó á su confesor, que nuestro Señor le mandó que no durmiese mas de tres horas. De que se colige, que su régimen era acostarse á las doce de la noche y levantarse á las tres de la mañana.

Todo esto, y quanto se irá diciendo, lo practicaba ilustrada muy de antemano de la luz celestial de que se ha hecho mencion. Ella le dió á conocer el camino de la perfeccion, y le hizo percibir la contrariedad de aquella ley de la carne, que como nos insinúa el citado Apóstol de las gentes, repugna á la del espíritu: y puso todo su estudio en oponerle desde el principio la mortificacion y penitencia. Por tanto fuéron sus primeros cuidados, como ya hemos apuntado, la brevedad del sueño, cuya demasía suele ser el escollo de los primeros años, y apartarse del regalo y delicias que le proporcionaba su opulenta casa, de los adornos profanos y peligrosos, de los paseos, pasatiempos y diversiones, en que por lo comun se pasa el tiempo mas precioso, de esa vida frívola, mole y ociosa que suele hacer el entretenimiento mas contínuo y ordinario de las niñas de distincion, con que se resfrian en la devocion y toman tedio en la senda de la virtud. Su ayuno era desde entónces rigorosísimo. Refiere su confesor que, siendo aun niña, pasó toda una

quaresma con ensalada de agíes, que llamamos pimientos, y de tomates. Su comida ordinaria era un puñado de garvanzos frios, cocidos de un dia para otro, y cenaba otro tanto de los mismos, sazonándolos con ceniza.

Su predileccion para esta especie de alimento le vino del asco que le tenía á esa legumbre, por parecerle que eran los garvanzos de la fuente, que habia visto curar con ellos. Conociendo que era muy propensa al melindre y delicadez, su regla general de mortificarse era hacer todo aquello que le causaba asco é incomodidad. Confitaba por lo mismo las guindas en acibar, y las usaba con disimulo: quando bebía agua era quebrantada. Era todavía muy niña, y se halló una cadena de fierro que le pareció especialísima para faxarse la cintura, y la aplicó desde luego á ese destino. En Chile se entraba por mucho tiempo en una acequia, y para recobrar el calor quando salía, se disciplinaba con hortigas: planta muy de su cariño, desde que, como se lo declaró á su confesor, cogiéndolas un dia, vió en ellas al Señor que las cultivaba, y le significó le gustaban mucho, porque las usaba para mortificarse.

Aun de las prendas y perfecciones naturales con que la dotó el Cielo, se fastidiaba quando concebía que pudieran servir de riesgo ó peligro. Le

aplaudiéron en una ocasion las manos, y como si fuesen culpables, las metió en legía. Alabáronle otra vez sus ojos, siendo de nueve años, y pagáron su hermosura, que los constituía dos luceros, como si fuese delito el serlo; pues porque pareciéron tan bien se arrancó las pestañas. Tenía el cabello naturalmente crespo, lo que no le agradaba, y procuraba tenerlo muy pequeño; y luego que le crecía le entraba la navaja ó la tixera á imitacion de la heroina de de Lima, y aun pasó á arrancarse el pelo con los dedos. Jamás usó alhajas, ni se le conociéron sarcillos, sortijas, perlas ni diamantes. Su vestido, trage y cama eran muy humildes, y con exceso moderados como despues dirémos. Nunca dexaba su retiro y silencio, ni visitaba señoras. Este era el gran sentimiento de su madre, que le costó muchos sinsabores; pero al fin se salió con ello. Solo trataba con los pobres y humildes, en especial con personas espirituales, aunque no mucho, porque mas quería hablar con Dios que de Dios.

§. V.

SUS NUEVOS PROGRESOS EN LA VIRTUD.

TESTIFICA el Doctor Rivadeneyra, confesor de nuestra admirable Condesa, que siempre conoció con asombro, que su grande alma fué muy del agrado de Dios. Querida y amada suya por sus virtudes heróicas que observó en ella en el dilatado tiempo en que la confesó. No señala por quanto espacio la dirigió, ni en qué lugares y oportunidades: si ántes de entrar en la carrera de cura, ó en alguna otra doctrina anterior á la última que obtuvo hasta que fué promovido al coro del Cuzco. Solo hay probabilidad de que lo practicó en el año de mil setecientos veintitres, que fué el postrero en que residió de párroco de Pisco, y concurrió allí con la Condesa, que se retiró á dicha villa á la labor de una hacienda que en aquel territorio poseía en propiedad. Este tiempo que coincidiéron en aquel sitio, basta para certificarnos de lo que ese recomendable eclesiástico nos dexó escrito en sus preciosos apuntes. En ellos nos asegura, haberle comunicado su penitenta, que en la edad de seis años hizo su primera confesion; y mereció tener al Señor por ocho dias

continuados en su pecho, como en un sagrario ó custodia. Que el mucho amor que le tenía á Dios crecía con la edad y los años en su corazon; tanto que la traía fuera de sí, porque andaba toda en Dios y vivía en una contemplacion suavísima de este amor. Que era tan vivo, que solía enfermar su cuerpo y levantarle fiebres y calenturas, pudiendo decir, con la Esposa, que padecía por la fuerza del amor: *amore langueo.*

Mas la rapidez de sus progresos no solo era en el amor y caridad con Dios, sino en todas las demas virtudes; de modo, que podemos decir, que este espíritu sublime era aquella varilla de humo de que se habla en el capítulo tercero, versículo sexto del libro de los Cánticos, que se elevaba de entre los horrores del siglo, sin violencia, dolor, floxedad ni miedo, por medio de un pronto y generoso abandono de todo lo terreno y de sí misma, conducida ácia arriba por el fuego del divino amor, que subía, por decirlo así, á manera de un hilo velocísimo y rectísimo al cielo, al trono y al seno del Padre Celestial, como un timiama ó sahumerio confeccionado de todas las fragancias de su encendida y abrasada alma, esto es, de la mirra, por la que se entiende la abnegacion de sí mismo, la mortificacion y molestias de la vida activa: del incienso que significa la oracion y con-

templacion, y de todo género de polvos aromáticos que denotan las virtudes juntas, que á semejanza del humo de un holocausto consumido por el fuego que encendió la caridad, subian con una suma fragancia á lo alto sin esparcirse por los lados, sino llevado derechamente del purísimo y único deseo de agradar y reverenciar á solo Dios, como explica San Gregorio este lugar.

Tal fué la derechura y rectitud con que la niña Catalina subió, desde que usó de su razon, por la escala y grados de la perfeccion. Parecida á aquellos espíritus que vió Jacob en su famosa escala de Betel; pero con la diferencia, añade el Doctor Rivadeneyra, de que ella no baxaba como estos, sino que fué constante en subir sin retroceso, y perseveró con manifiesto adelantamiento en sus santos y piadosos exercicios desde el punto en que los emprendió. El tenor de su vida fué invariable en todas sus situaciones, y en las diferencias de su edad. Crecía su fervor con los años, y no se interrumpió por el tiempo mas corto. Mientras vivió al lado de sus padres fué una virgen sabia y vigilante, toda ocupada en proveer su lámpara del aceyte de las buenas obras, para no ser excluida de las bodas del Cordero inmaculado.

Caminaba siempre en la inocencia de su cora-

zon, siempre conforme en todo con la voluntad de Dios. Solo trataba de agradarle y conservar su gracia y amistad. Sabía muy bien que por grande y excelente que sea este don entre todos los bienes criados, se halla muy espuesto à perderse. Se evapora á la aura de la tibieza y relaxacion, á manera que se disipan los espíritus ó quintas esencias luego que se dexan al ayre libre. Es una luz que se oscurece y aun apaga con el ambiente del mundo, con mas facilidad que cesaban de ser inestinguibles las lámparas de los antiguos al punto que el ayre exterior se introducía en ellas. Es un tesoro inestimable que se guarda y lleva en vasos frágiles y quebradizos que se rompen al menor impulso y golpe, y dexan al que lo posee en la mas lamentable pobreza. Conocía en fin, que se conducía por un lugar sembrado de tropiezos é infestado de salteadores, que solo intentan despojar de ese tesoro á los que lo obtienen. La íntima conviccion de estas verdades tenia á nuestra tierna heroina en contínua vigilancia y cuidado. Este era el orígen de su retiro y abstraccion: de estar siempre bien ocupada, para que el ócio no le abriese la puerta á la disipacion: de huir de toda ocasion peligrosa, evitando los menores riesgos y guardándose de cometer deliberadamente la mas pequeña falta, como que no ignoraba que se vá dispo-

niendo poco á poco á caer en lo mas grave, quien hace poco caso de incidir en ligeros defectos. La humildad y conocimiento propio eran los medios que empleaba para conservar aquella primitiva inocencia, que recibió en su regeneracion espiritual, ó para reparar qualquier accidente indeliberado. Y sobre todo, se precaucionaba de la tibieza, que obliga al Señor á abandonar y separar de su comunicacion á las almas que se entregan á ella.

§. VI.

SIGUE LA MISMA MATERIA.

NI se contentaba Catalina con guardar cuidadosa el tesoro admirable de la gracia: se esforzaba á aumentarlo y hacerlo crecer en su alma. Porque la divina gracia es un principio de vida activo, que se extingue faltándole la accion: es una fecunda semilla que perece luego que cesa de producir nuevos frutos: es un sagrado fuego que no se mantiene sino se conserva y estiende con el pávulo de las buenas obras. Como muere el cuerpo en parando el movimiento, la circulacion de los líquidos y humores, y la ordenada agitacion de sus partes, quedando como un tronco ó un relox desconcertado; así el alma no

vive sobrenaturalmente, ni conseguirá el fin para que fué criada sin la contínua accion, y si no se adelanta adquiriendo mas y mas gracia cada dia. Quien así no lo practique, será á manera de un baxel, que detenido en el mar, jamas arribará al puerto. Será semejante á un viagero, que parándose al principio ó en el medio de su derrota, nunca llegará á su destino, ó al comerciante, que no medrará sino aumentase sus ganancias. Será en fin, como aquel siervo perezoso del Evangelio, que se contentó con ocultar debaxo de tierra el talento que se le confió para que lo aumentase del modo posible, y no executándolo, se atrajo con su desidia la indignacion del Padre de familias.

En esta inteligencia jamas dexó de estar en contínua accion. No se descuidaba en tan laudable empeño: aun quando dormía lo muy preciso, miéntras se transportaban sus sentidos, velaba su corazon como el de la alma santa. Siempre que podía asistía devota al tremendo sacrificio de la Misa. Su oracion y contemplacion fué sublime y contínua. A veces dexaba de dormir aun las tres horas que se habia señalado, por no dexar la oracion y meditacion. Era muy aplicada á lecturas devotas y vidas de santos, en que tomaba el debido exemplo. Con preferencia le agradaban las obras y escritos de santa

Teresa. Al recorrerlos se consolaba en sus tribulaciones, porque veía allí como en un espejo el modo de su oracion y su espíritu. Bien que le duraba poco este consuelo y satisfaccion, porque su humildad le hacía exclamar: *¿de donde soy yo capaz de que mi oracion se le parezca? Esto es soberbia*: y quedaba en sus mismos temores. No usaba ménos de la oracion vocal, con que no cesabà de encomendarse á Dios, á la Santísima Virgen, con cuyo Rosario, de que era devotísima, hacía la mas cruda guerra al Infierno. Tambien se encomendaba á su Angel Custodio, y, entre otros santos, al glorioso Patriarca San José, que se declaró su especialísimo patron y protector.

Frecuentaba los Sacramentos, y la sagrada comunion avivaba en su corazon el purísimo fuego de la caridad, sin embargo de que nunca se apagó ni entibió. Desde la primera comunion, que hemos mencionado, no hizo alguna en que no lograse muchos favores del Cielo y aumentos de gracia. Sentía en sí, como se explicaba con sus confesores, una sagrada hambre de comulgar, y así le mandáron lo executase diariamente. ¡Con qué cuidado se preparaba para accion tan santa! Se disponía para ella con los mas devotos exercicios, con una larga oracion á veces de toda la noche. Su modo de orar era ponién-

dose en cruz, ó en unos clavos de que la habia formado, ó tendida en el suelo, siempre en forma de cruz. Hé aquí como esta virtuosa virgen, no pensaba, como dixo el apóstol San Pablo, mas que en agradar á Dios y en las cosas de su santo servicio. Solo trataba de santificarse en el cuerpo y en el alma, sugetando al uno á la servidumbre de la otra, mortificando sus pasiones, y entregándose sin reserva á la perfeccion. Estas fuéron sus laudables ocupaciones en los primeros años de su portentosa vida, por lo que podemos asegurar, que todo su proceder fué una inocencia penitente. Caminaba siempre en presencia del Señor que dispuso en su corazon como unas gradas para que subiese á él: *ascensiones in corde suo disposuit.*

Sus piadosos padres se llenaban de gloria, al verla tan dedicada á todo lo bueno, y fomentaban sus santos sentimientos y operaciones. Hacía el objeto de sus mas sólidas delicias y de su admiracion, el ser testigos tan inmediatos de su virtud y progresos en ella. ¡Qué de maravillas no observarian en ella, que se sepultáron con ellos en la tumba! Quizas no se animaban á publicarlas por no desagradarla, como que no ignoraban que de nada cuidaba mas su hija que de ocultarlas. Jamas oian su voz sino para alabar á su hacedor, y á veces la percibian toda

transportada de un divino entusiasmo entonándole tiernos cánticos, siendo el dulce afecto del mas puro amor, el numen que la inspiraba, pues nunca leyó poesías ni aprendió á componer versos. Apenas tenía nueve años quando deseó con tanto anhelo ofrecer su corazon á Jesus, que se rasgó el pecho, y escribió con su sangre en un rapto de su fervor esta inflamada copla.

Jesus es mi dueño
Y todo mi amor:
Dueño de mi alma
Y mi encantador.

Quánto los edificaba su oracion, su mortificacíon, sus ayunos, disciplinas y cilicios, que nunca se les podian ocultar, por mas que ella tratase de disimularlos! Su tiempo tan arreglado, tan discretamente distribuido entre la accion y contemplacion, sin que nunca se le percibiese palabra ociosa ó descompuesta! ¡ Con qué respeto los acataba, honraba y reverenciaba! En su voz veneraba la de Dios, haciendo esta obediencia á sus padres, que no tuviese voluntad propia, y executase ciegamente y con silencio quanto le mandaban, exceptuando solo aquellos lances en que se interesaba la gloria de Dios, ó bien de su alma. Y aun entónces representaba y oponía sus razones con discrecion, suavidad, su-

mision y prudencia, disipando alguna preocupacion que se les ocultase, como sucedió quando la persuadian á hacer ó recibir visitas de señoras. ¡Quál era su asombro por una conducta tan ajustada á la voz de la obediencia y á los consejos de sus directores!

§. VII.

SE CONCLUYE TAN IMPORTANTE ASUNTO.

QUE exemplo tan encantador y edificativo à toda la familia mientras esta señorita no salió de la patria potèstad! ¿Qué admiraban y veian en ella sus criadas y domésticos? Por ventura advertian en esta prodigiosa niña alguna propension al aseo, á la moda y compostura, que es la pasion dominante en las de su clase? ¿Trata de los paseos y diversiones? Tan lexos de eso, que como hemos ya notado, y aun tendrémos ocasion de observar, se despoja y desnuda de todo adorno, se priva de todo desahogo y pasatiempo, y se sumerge en un triste y silencioso retiro. Contenta con lo muy preciso, y distante de toda gala, se sugeta á un trage comun y ordinario, escrupulizando emplear aun el mas corto tiempo en la vanidad y profanidad. Cosas mayores la llaman: vuela á lo sublime, y elevada al Cie-

lo no se arrastra en lo terreno. No solo adelantó durante su tierna edad en el amor de Dios y respeto á sus padres y mayores, sino tambien en la caridad con sus próximos. Procuraba aliviarlos en cuanto se lo permitían su estado y circunstancias. En las necesidades corporales socorría las urgencias de los pobres, teniendo mucha propension á la limosna. Se compadecía de sus enfermedades y dolencias, y los auxiliaba gustosa abatiéndose á los ministerios mas humildes, solicitando en cuanto estaba de su parte el consuelo de los miserables, no solo propios á quienes se debe atender con preferencia por no hacerse peores que infieles, como se expresa el Apóstol, sino tambien á los estraños. Pero se encendía mucho mas en el deseo de promover la salvacion de sus almas.

Con que gracia y dulzura se dedicaba á enseñar á sus domésticos y explicarles la doctrina cristiana y los misterios y verdades terribles de la religion, de que estaba tan poseida como pudiera un teólogo, no fiando tan importante empleo de otra persona! Nuestro Señor habia derramado sobre su alma sus luces soberanas, y se complacía de comunicarlas, hablando su inocente boca de lo que abundaba y rebosaba en su corazon. En la escuela de la contemplacion y meditacion habia aprendido tan al-

tas máxîmas de vida eterna. Allí habia recibido ese sagrado fuego de la caridad, que quisiera ver extendido y abrasado con él al mundo entero. Al mismo tiempo que instruía á sus próximos con sus palabras, los edificaba con sus exemplos, y les daba las mas útiles lecciones de modestia: de ese noble de-pego é indiferencia con que miraba todas las cosas del siglo: de esa vida tan austera y atildada, y de esa laudable emulacion con que se empeñaba á practicar las mas arduas virtudes que forman el carácter de los mayores santos.

En esta situacion es muy semejante á un árbol plantado á la orilla de un arroyo, que aunque vecino á las aguas, no participa de su movilidad é inconstancia. Se mantiene en la rivera, tan sostenido de sus profundas raices, que nada es capaz de conmoverlo ni arrancarlo. Por mas que soplen los mas impetuosos vientos, no caerá la menor de sus hojas, ni la violencia de las corrientes que le bañan por el pié, aunque le hieran con impulso, no le harán la menor impresion. Asi, quanto emprenda esta alma justa todo será prosperidad, porque el Señor que la cubre con su sombra soberana la defiende y la protege. Por lo que podriamos ya comparar mejor con el Esposo de los cánticos, su estatura con la de la palma. Pues como este

hermoso árbol excede à los demas en su altura, rectitud y elevacion: en la frescura constante, y verdor perpetuo de sus hojas: en lo exquisito, copioso y abundante de sus frutos, y en la belleza y amenidad con que se extiende igualmente por todos lados su copa, descollando siempre ácia arriba, y ofreciendo el mas grato espectáculo á la vista; de esta suerte admiraba ya Chile el conjunto y armonía que resultaba de las virtudes de la jóven Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer, que adornándola con la gala mas lucida de sus sobresalientes prendas y virtudes, la constituian el objeto de los mas públicos, mas sólidos y verdaderos aplausos de la fama.

Ella se arrebataba y llevaba todas las atenciones de la ciudad de Santiago desde el retiro de su casa. Muchos la frecuentaban como á una de las mas distinguidas y opulentas del lugar: pocos lograban tratarla y comunicarla; pero á todos llegaba y ocupaba el buen olor de sus virtudes. En el mismo hecho de no hacerse presente á los ojos de los que la conocian por noticias, se hacía mas espectable y digna de admiracion. Todas las lenguas felicitaban á aquella familia que poseía una joya de tanta estimacion. No se cansaban de repetir y alabar, unos su asombrosa penitencia que se traslucía á pesar de las precaucio-

nes que tomaba para ocultarla: otros su oracion y meditacion continua: éstos su abstraccion y retiro del siglo; y todos la sencillez y modestia de su trato. Siempre que iba á la Iglesia, que era su única salida, era un raro espectáculo para los hombres; y lo que mas es, se atraía las miradas del Señor con tan maravillosas acciones, de que tendrémos aun muchas ocasiones de hablar con mayor individualidad en la serie y progreso de esta historia.

§. VIII.

SU MATRIMONIO.

NO era una vida oculta y tranquila para la que destinaba la Providencia á Catalina. La llamaba para que llevase las cargas y pensiones del matrimonio. A este término la conducian las circunstancias de su casa. Es muy probable que ya en aquella sazon habia fallecido Don Pedro de Yturgoyen y Pastene su Padre, pues en ningun asunto de los que ocurriéron por entónces ni despues, se hace mencion de su persona. Como nuestra heroina no tenía voluntad propia, y se mantenía indiferente en materia de eleccion de estado, se resignó enteramente en punto tan grave á la disposicion divina, que se le manifes-

tó por la insinuacion de su madre, apoyada con dictámen de su director; y como se lo aseguró ella misma á este, confirmada por su insigne devoto el gran patriarca San José, que por dos veces, decía, le prometió su patrocinio, y lo tuvo por padrino en sus desposorios, y á la Santísima Virgen por madrina. Bien es que San Pablo haciendo una fuerte contraposicion entre una virgen y una casada, asienta que esta tiene dividido su corazon entre los cuidados del mundo y el modo de agradar á su consorte. Lo que no parece compatible con el plan de vida que nuestra admirable Catalina se propuso. Mas ella supo conciliar diestramente las obligaciones que habia contraido con Dios, con las que le imponía su nuevo estado.

Habia conducido la suerte á la ciudad de Santiago de Chile á Don Matias José Vasquez de Acuña, nacido en Lima á veinticuatro de Febrero de mil seiscientos setenta y cinco, que despues fué segundo Conde de la Vega del Ren. Este caballero jóven, capitan de infantería de leva del mar del Sur, y nombrado de caballos en el Reyno de Chile, tuvo la dicha de que recayese en él la eleccion del Cielo, y la de la madre de Doña Catalina, para que fuese su esposo. En el año de mil setecientos y uno fué nominado Gobernador de las armas del puerto

de Valparayso y su jurisdiccion, y poco despues se trató con él este casamiento; cuya carta dotal de veinte mil pesos se otorgó en Santiago á veinticinco de Agosto de mil setecientos uno. Luego que se hiciéron los tratados partió Don Matias á su gobierno de Valparayso, y volvió á efectuar sus bodas á los seis meses: espacio dilatado en que Doña Catalina no se desvió un punto de la austeridad y rigidez de la vida anterior que habia observado.

La misma oracion, la misma mortificacion, el mismo desprecio de la vanidad del mundo, la misma fuga de las ocasiones, ó de quanto pudiese perjudicar á su alma. Resolvió casarse por complacer á su madre, y se mantuvo con la misma modestia, moderacion é indiferencia que ántes. Es muy notable lo que le sucedió estando ya para desposarse, Tenía muy maltratados los pies, porque siempre ponía dentro de los zapatos garvanzos ó huesos de guindas, que á veces conservaba por muchos dias, llegando á introducírsele en lo mas vivo de la carne, y causarle vivísimos dolores. La ceremonia de su desposorio la precisó á permitir algun mayor aseo, y que la calzase un zapatero. Executólo con sencillez, y sin que se le ofreciese reparo; mas luego que cayó en cuenta y lo advirtió, lo sintió tanto, que mandó sacar ceniza caliente de un horno, y se

quemó los pies en castigo de su poca reflexion, y tuvo que padecer dos ó tres meses. ¡O, y qué pasos tan hermosos á la vista del celestial esposo, que la desviaban de quanto inventa y previene la vanidad para tales casos! ¡Qué espectáculo quando la miraba siguiendo sus huellas y caminos con tanto tormento, por no desagradarle! Y no sé si fué ménos admirable el prodigio de no haberle visto el rostro á su esposo hasta que regresó.

Casó al fin la Señora Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer el año de mil setecientos uno, siendo de diez y seis años, en la dicha ciudad de Santiago de Chile, con Don Matias José Vazquez de Acuña, quien inmediatamente pasó con ella á su gobierno del puerto de Valparayso (c). No han

---

(c) En los párrafos segundo y tercero de esta breve historia, se hizo preciso detenerse un poco en la relacion de los progenitores y hermanos de nuestra noble heroina. Parece muy justo, para no interrumpir el hilo de la narracion de sus hechos, dedicar esta nota, para hacerle en ella la debida salva à su digno consorte, y à los que le precediéron y descienden de él. Para que acabémos de convencernos de que si la Señora Doña Catalina fué tan distinguida en el órden de la gracia, no lo fué ménos en el de la naturaleza por sus enlaces y prosapia.

El primer Conde de la Vega del Ren fué Don Juan José

llegado á nosotros las noticías de los primeros dias de su matrimonio, ni de lo acaecido en el mencionado gobierno. Solo podémos inferir de un suceso que nos ha conservado la memoria con individualidad, que se concilió toda la estimacion de su marido, y de aquel pueblo en que presidia, con su virtud y modales. Empezaba á mostrarse fecunda en su matrimonio, y aquella nueva fué muy plausible entre el vecindario de Valparayso. Prueba incontestable de lo bien quistos y queridos que se hallaban los gobernadores. No se contentáron con los parabienes y demostraciones de cariño y gozo que suelen emplearse en

---

Vazquez de Acuña, Menacho, Morga y Sosa, natural de Lima, poseedor del mayorazgo que fundó en dicha ciudad Doña Isabel Perez Menacho, Patron de este Convento grande de nuestra Señora de Gracia del órden de los hermitaños de San Agustin, y su Capilla del Santo Christo de Burgos, y del Colegio de San Pablo. Casó con Doña Josefa Zorrilla de la Gàndara, Leon y Mendoza, tambien de Lima.

Tuviéron por hijos al capitan Don Francisco Vazquez de Acuña, y à Don Matias José Vazquez de Acuña, marido de Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer, nuestra heroina, elector de la abadía de San Andres de Tabliega, en la merindad de Montija, en el arzobispado de Burgos, capitan de infantería de leva de la real armada del mar del Sur, de caballos del reyno de Chile, y nombrado goberna-

tales lances. Luego que Doña Catalina convaleció de las molestias de su primer parto, se trató de festejarla; y entre otras cosas, se preparó una comedia en su obsequio: y esta fué tambien el teatro en que aquella grande alma mostró que no se habia entibiado en lo mas leve su virtud austera.

§. IX.

CONTINUASE EL ASUNTO EMPEZADO.

Su esposo, y su madre que tambien la acompañaba, se empeñáron fuertemente en que presen-

---

dor de Valparayso en 20 de abril de 1701. Sucedió en el mayorazgo fundado en Lima por Doña Isabel Perez Menacho, y en los patronatos referidos por muerte de su hermano Don Francisco, acaecida en el año de 1704. En el de 1718 fué hecho corregidor y justicia mayor de la provincia de Castro-vireyna por cinco años. Y entró de segundo poseedor del título de Conde de la Vega del Ren, en el de 1724, en que sucedió á la Señora Condesa su madre Doña Josefa Zorrilla. Pasó despues à Pisco con su esposa à la labor de una hacienda propia en el valle de Condor de aquella jurisdiccion, y falleció en Lima en 16 de setiembre de 1737, cinco años y meses despues que su muger.

Naciéron de este matrimonio Doña Catalina Vazquez de Acuña, que casó con Don Buenaventura de Izàsaga y Tenorio,

ciase aquella funcion, instándole con encarecimiento no desairase el afecto de los moradores de aquel puerto, que se la habian dispuesto con tan buena y generosa voluntad. ¡Qué estrecho para Doña Catalina! ¿Qué hará para salir de él sin quexa ni disgusto de los que se interesaban en que accediese á sus persuaciones? Por una parte no podia escusarse á unas insinuaciones que tanto respetaba y estimaba; por otra, no componía con su conciencia y modo de pensar tan atildado, el asistir á una representacion profana, en que nada hallaba indiferente, y contra la que habia oido declamar en los púlpitos,

---

padres de Doña Josefa, Marquesa que fué de Torre-tagle, y de Doña Buenaventura, casada con Don José Salazar y Muñatones, de los que nació Doña Mariana, Marquesa de Casa-concha.

Por octubre de 1704 les nació en Valparayso Don José Gerónimo, su segundo hijo, que sucedió en el título, mayorazgos y patronatos. Su tercera prole fué Doña María Josefa Vazquez de Acuña, monja profesa en el monasterio de Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Lima. La quarta fué Doña María Rosa, nacida por diciembre de 1707, que casó con Don Gregorio Cavero y Céspedes.

El tercero poseedor del título de Conde de la Vega del Ren, Don José Gerónimo, casó con Doña Francisca Bàrbara Vazquez de Acuña, Roman de Aulestia, su prima. Y tuviéron por hijo, entre otros, à Don Juan José Vazquez de Acuña,

condenàndola como peligrosa é inductiva de la relaxacion mas perjudicial, y que tanto reprobaban los santos y libros espirituales, capitulándola de ser una escuela de la incontinencia y perdicion. No le ocurrió otro arbitrio para salir de aquel apuro, que tanto la fatigaba, que el de que usó en ocasion parecida, aunque no de igual gravedad, la incomparable ROSA peruana: á cuya imitacion se refregó y estregó los ojos con agíes ó pimientos, libertándose de este modo de aquella concurrencia, para ella tan impertinente é incómoda. Espectáculo muy del agrado de Díos, y de asombro para los ángeles y los hombres, en que, segun las máximas del Evangelio, por no escandalizar, autorizando aquella accion, se espuso á perder los ojos.

---

quarto Conde de la Vega del Ren. Y por haber fallecido sin sucesion, pasó su título y patronatos, juntamente con el de la Capilla de Todos Santos de esta Santa Iglesia Catedral que poseía, à su hermano Don Matias Vazquez de Acuña, Menacho y Morga, quinto Conde de la Vega del Ren; quien de su matrimonio con Doña María Rosa de Rivera, Mendoza y Maldonado, procreó al Señor Don José Matias Vazquez de Acuña, sexto y actual Conde de la Vega del Ren, caballero del órden de Santiago, que à las preeminencias de sus antepasados ha juntado la de alcalde ordinario y regidor de esta ciudad de Lima su patria.

En efecto, quedáron tan atormentados, que estuvo á riesgo de cegar. Los dolores que padeció fuéron intolerables; y ella misma le aseguró á su confesor, que necesitó de un remedio supremo y extraordinario para aliviarse de ellos. Mereció que la Santísima Virgen, que le honraba con sus visitas, le mitigase aquellos insufríbles ardores con la leche de sus castísimos pechos, desviándose algunas gotas á su boca, y quedándole en el paladar por tres dias una impresion de suavísima dulzura. ¿Por qué no daré yo crédito á este prodigio que refiere el Señor Rivadeneyra, á foxas nueve de su relacion que tengo á la vista, quando estoy convencido de que la Madre de Dios otorgó consuelos parecidos á sus tiernísimos devotos los BERNARDOS y NOLASCOS, y ha aprobado la Santa Iglesia Romana, y quando sé que la mano del Señor no se ha abreviado en nuestros tiempos, segun la enérgica expresion de la Escritura?

En nuestros tiempos, digo, en que tanto se ha desenfrenado el espíritu de impiedad é irreligion para tachar tales acaecimientos con el nombre de supersticiones. Pero ellos llevan en sí el carácter y la marca de la verdad, y mas que nunca debemos persuadirnos que los reproduce Dios para avivar nuestra fé y confundir la incredulidad. De hecho ¿á quién

no pasmará el contemplar á una Señorita jóven, recien casada, tan penetrada de la sagrada doctrina que profesa, entre las lisonjas é inciensos que le ofrece el siglo seductor y engañoso? Al reconocerla en un empleo, en que siendo en todo benéfica á quantos la rodeaban, no se dexaba deslumbrar del falso y aparente explendor de su fortuna, teniendo al contrario siempre fixa en su memoria y voluntad la ley del Señor; dedicándose de dia y de noche á meditarla y observarla sin la menor interrupcion ni apego á la vanidad y diversiones? ¡Qué exemplo tan eficaz para las de su clase! El solo bastaría, aun quando su portentosa vida no ofreciese otros muchos.

Nada mas se nos ha transmitido de lo que acaeció durante el gobierno de Don Matias José Vazquez de Acuña en Valparayso. Debemos persuadirnos prudentemente que la señora su esposa no se desvió un punto de los santos y piadosos propósitos que con tanta heroicidad habia principiado. Reducida á las interioridades de su casa y familia, jamas se mezcló en lo que no era de su cargo. Era tanta su abstraccion y prescindencia de todas las cosas de fuera y estrañas, que nunca atendió á lo que le hablaban, á no ser cosas espirituales y precisas, ni sabía lo que le decian, y le preguntaba á su confesor, no sin gracia, *¿si eso era ser insensata?*

No podemos establecer épocas fixas, ni asignar tiempos en que colocar los varios sucesos que se nos cuentan confusamente y sin órden de esta muger prodigiosa. Creerémos que ni el mismo Señor Don Juan José Rivadeneyra, su cronista y confesor que los refiere, pudo puntualizarlos: porque quando su penitenta se los comunicaba, de ningun modo lo practicaba con el intento de hacer su historia, de lo que estaba muy lexos; sino solo por via de consulta y por salir de algun escrúpulo que la atormentaba y agitaba. Unicamente se ha podido averiguar, que nombrado Don Matias José gobernador de Valparayso, en veinte de abril de mil setecientos uno, sirvió el empleo hasta primero de octubre de mil setecientos seis. Que en tres de setiembre de mil setecientos siete se conduxo con su esposa á Lima, donde por diciembre le nació la quarta hija, y residió allí hasta el año de mil setecientos diez y ocho en que obtuvo el corregimiento de Castro-vireyna, concluido el qual se retiró á la villa de Pisco á la labor de una hacienda, en mil setecientos veintidos.

§. X.

RESIDE EN LIMA.

PUESTA pues la Señora Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer en Lima, fué en breve el objeto de la comun espectacion. Por mas que variase de sitios, era siempre la misma en todas partes. No tardó mucho en darse á conocer su singular método de vida. Ni dudamos que desde luego se atrajo la censura de algunas personas. Muchas de su misma clase tenian por un raro fenómeno á una señora casada, que no trataba de visitar ni ser visitada, á quien jamas debiéron la menor atencion las modas, las galas, los lugares públicos, los paseos, convites, diversiones y teatros. Nunca se le conociéron, dice el Señor Rivadeneyra, alhajas, sortijas ni perlas; ni en las orejas se le viéron sarcillos, pendientes ni arracadas. Su trage era tan comun y ordinario, que mas parecia una criada de sus mismas criadas, como se declarará en adelante, tratando de su amor á la pobreza voluntaria. Mas aunque tan pobre de espíritu, era en extremo liberal y generosa para promover las cosas sagradas, hacer limosnas, proveer al sustento y vestuario de su casa

y familia, reservando solo para sí esa grande austeridad con que confundía al mundo y á la vanidad.

Presto se le hizo justicia, quando se vió en ella una fiel imágen de la muger fuerte tan dificil de hallarse: de ese tesoro que dista mucho de nosotros, mas precioso que quanto nos viene de los últimos términos de la tierra, de que habla con asombro Sálomon en el capítulo treinta y uno de los Proverbios. El santo temor de Dios fué la base y cimiento de todas sus buenas prendas. Virtuosa sin hipocresía ni melindre, seguía siempre en su devocion, no guiada de su genio ó capricho, sino del espíritu de Dios. Por eso estuvo esenta de las ilusiones, extravagancias y aun descaminos, que tanto perjudican en algunos á la verdadera piedad. Jamas descuidó de las obligaciones de su estado con pretexto de exercitarse en buenas obras: no abandonó el cuidado de su familia por estarse las mañanas en el templo, y las tardes en otras distribuciones. Si lo executaba, era dexando de antemano bien regladas y ordenadas las cosas de su casa, de modo que no hiciese falta, sostituyendo quien á toda satisfaccion hiciese sus veces. Ni se señaló por largas erogaciones y prácticas devotas con dispendio de sus asistentes ó familiares.

Segun el órden de la caridad, su primera aten-

cion la puso en Dios. De allí su amor, su culto, su frecuencia en las iglesias, su oracion y exercicios devotos. No habia práctica santa en que no tomase parte, y á que no concurriese sin perjuicio de los deberes de su estado, siendo en ellas de las primeras. Vivía en aquella sazon en Lima el venerable padre Alonso Mesia jesuita: aquel hombre apostólico en cuyo espíritu se reunió y reproduxo el fervor y zelo de los Allosas y Castillos: ese operario evangélico tan laborioso, que hizo un fruto imponderable en Lima con sus religiosos establecimientos; y que fué un maestro de primer órden en su Escuela de Christo, cuya cátedra ocupó tan gloriosamente en la capilla del Señor de la Contricion, que aun hoy se venera en la iglesia de San Pedro y San Pablo y en otros templos: que instituyó tan laudablemente las misiones del mes de octubre: la tierna devocion de las tres horas de la agonía de nuestro Redentor en los viernes santos, y otros muchos medios para ablandar y encender los corazones en la piedad.

La Señora Doña Catalina se habia constituido oyente y discípula muy aprovechada de tan gran doctor, que alumbraba á toda la ciudad con sus sólidas y clarísimas doctrinas en la teología mística. Muchas personas muy respetables y condecoradas

de ambos sexôs asistian á dicha Escuela de Christo, con conocidas ventajas de sus almas en el camino de la perfeccion, con los edificativos exercicios del venerable padre Alonso. Entre otros se contaban quatro señores togados, sugetos á su direccion espiritual en los tiempos que se lo permitian sus importantes empleos. No faltaba á dichos exercicios el muy Reverendo y Apostólico Padre Maestro Fray Luis Galindo, mercedario, tan insigne por su virtud como por su ciencia. Eran indefectibles en ellos, la sierva de Dios Feliciana de San Ignacio, por otro nombre Doña Feliciana Mariaca, virgen pura, humilde imitadora de Santa Rosa de Santa María en sus sangrientas penitencias, Doña Micaela Laya de igual caràcter, y otras varias. En tal compañia brillaba nuestra Doña Catalina por su fervor, asiduidad y devocion.

Así lo testifica el Reverendo Padre Juan José de Salazar de la Compañia de Jesus, escritor de la vida del mencionado venerable Padre Alonso Mesía, que imprimió en Lima el año de mil setecientos treinta y tres; quien en el libro quarto, capítulo quinto, página ciento sesenta y cinco, llama á la Señora Condesa de la Vega, Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer, ,, heroyna de sublime santidad, mas ilustre por el título de muger digna de altares, que

por el de su calidad ventajosa. Y añade que gozó muchas veces de la doctrina del Padre Alonso en la Escuela de Christo. Este mismo era el concepto comun de todo el vecindario de Lima en órden á esta asombrosa Condesa ; pues no habia funcion piadosa en que no la viesen, sin que nunca se dexase ver en las del siglo. Su conducta piadosa era el frecuente asunto de las conversaciones de las señoras sus iguales. Sus virtudes amenizaban sus estrados, y se difundian en sus alabanzas, siempre que ocurría hablar de ella entre sus domésticos y extraños. Siendo la gran prueba de esta verdad, la memoria que aun se conserva de dicha Señora y sus hechos depues de tantos años, entre sus nietos y viznietos.

§. XI.

SIGUE EL MISMO ARGUMENTO.

A la caridad para con Dios se seguía por su órden la de para consigo misma, y se entregó sin reserva á su propio adelantamiento en la práctica de todas las virtudes, en que con tanto esmero habia resplandecido ya desde su niñez y juventud. ¡Quál fué su frecuencia de Sacramentos, la serie no interrumpida de sus actos de fé, esperanza y caridad!

Su abstinencia, austeridad, penitencia y mortificacion, siempre sujeta á la mas rígida y ciega obediencia. ¡Qué humildad, silencio, pobreza y constancia en sus combates interiores y exteriores, en sus desamparos, sequedades y desolaciones de espíritu, y en sus luchas con el enemigo comun! ¡O Lima! ciudad afortunada, que has sido madre de tantas personas ilustres en santidad, dentro de tu recinto subìa tambien á la cumbre de ella la insigne Catalina. Tú la veías: por tus calles y plazas resonaban sus prodigios; pero apenas han llegado á nuestros oidos tantas virtudes personales de que se ha dado una idea muy general. Yo procuraré en adelante descubrirlas mas en particular, conformándome con algunos monumentos que ha conservado el tiempo. ¿Cómo algunas de tus excelentes plumas no se ha encargado de describir con mas individualidad un mérito tan gigante? Ese mérito, digo, que la hizo digna de los mas extraordinarios favores del cielo: esa vida estática que le atrajo las visitas del Señor, de la Santísima Virgen y otros santos.

Pero pasémos adelante y considerémos en tercer lugar, como la caridad de la Señora Condesa resplandeció para con sus próximos, esto es, con su esposo, sus hijos y familia. Todo el merecimiento de una señora casada lo mide el Espíritu-Santo por su

desvelo y dedicacion á tan importantes objetos. Y por allí mismo se ha de computar el de Doña Catalina. Su marido le habia entregado su corazon, colocando en ella toda su confianza. Se lo habia sabido ganar con su dulzura, agrado y buen modo. Así le abandonó el cuidado de su casa muy satisfecho, de que con su economía y gobierno proveería á todas sus ocurrencias. Nunca le ocasionó el menor disgusto. Poseía quantas qualidades constituyen á una buena esposa, sin alguno de los defectos que desgracian los matrimonios: rendida sin afectacion, modesta sin artificio, vestida sin profanidad.

Uno de los mayores desvelos de esta virtuosa Señora era la educacion y buena crianza de sus hijos: dirigir sus primeros pasos con rectitud: no permitirles ninguno de esos desvíos á que suele inclinar á los niños la naturaleza corrompida: enseñarlos á ser corteses y moderados en sus palabras, y cumplidos en sus acciones: respetadores de los mayores, y compasivos del pobre y miserable. Con esta conducta se concilió toda la estimacion de su consorte y el respeto de sus hijos, que la reconocian por una alma muy distinguida por Dios. Solo esto bastaría para su mayor recomendacion, pues no hay mejor testimonio ni panegírico mayor de la bondad de una madre de familias que las bendiciones de su marido y

de sus hijos. No era menor su estudio y vigilancia por el buen órden de su casa, y regladas costumbres de sus familiares y domésticos. Ellos la miraban como al orígen fecundo de la beneficencia que experimentaban en lo corporal y espiritual. Dentro del recinto de su casa en las horas proporcionadas se empleaba con sus criadas en la labor y trabajo de manos, en la oracion y en la lectura. Se levantaba muy de mañana, como la muger fuerte que describe la Escritura, y les distribuía no solo quanto necesitaban para su sustento, sino tambien las obras y empleos de cada dia para que aprovechasen el beneficio de la luz y evitasen el ócio: *de nocte surrexit, dedit que prædam domesticis suis.* En una palabra, procuraba que en todo reinase el concierto y la paz, sin que hubiese la menor queja ni agravio entre sus asistentes propios y extraños.

Arreglado así quanto debía á estos tres importantes objetos, empleaba y dedicaba el tiempo que le dexaban, en visitar y frecuentar los hospitales, y aliviar á los pobres enfermos, en quienes respetaba al mismo Jesu-Christo. Parece que se decía á sí propia aquellas sublimes palabras que pone un Doctor insigne en boca de la alma santa: no tienes que fatigarte en buscar en otra parte al divino Esposo Jesus: no necesitas atormentar tu corazon con las an-

gustias de hallarlo. Ese Dios hombre que tanto amas, mora en los hospitales: está de asiento en esos sitios en que se descubren las miserias de la humanidad, para que se procure su alivio. Jesu-Christo ocupa esos lechos desgreñados, en que no se ven sino feos esqueletos labrados por la enfermedad: Jesu-Christo es el que dá esos tristes gemidos que allí perciben los oidos: él es quien tolera los dolores que sufren los pacientes.

Penetrada Doña Catalina de tan caritativa idea, se entrega con todos sus anhelos á tan santas ocupaciones, executando los prodigios de conmiseracion, que con mas individualidad se expresarán á su tiempo. Atendía con preferencia á los de su casa, y extendía su compasion á los de fuera. Y no se limitaba á los pobres que padecian en este mundo, tambien le debian muchas solicitudes las afligidas almas que en el otro son atormentadas hasta ponerse en estado de gozar de la presencia de su Dios. Su constancia y perseverancia: su tenor admirable que jamas faltó ni desmintió en lo mas leve en todo el tiempo de su vida, la hizo el asombro de esta capital miéntras residió en ella.

§. XII.

SU AMOR A DIOS.

HEMOS ya dado una idea general de la rara virtud de nuestra segunda Condesa de la Vega del Ren, Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer. Por ella podrá conocerse en sus diversas situaciones; porque como hemos apuntado ya, su conducta fué siempre uniforme y su exemplo gigante en todas sus edades y estados. Donde quiera que iba era la misma, y llevaba el mismo régimen y método. En Santiago de Chile, en Valparayso, en Lima, en Castro-vireyna, en que acompañó á su consorte en los cinco años de su corregimiento, en la villa de Pisco, á que se retiró por último el año de mil setecientos veintidos, hasta que diez años despues concluyó su carrera mortal. En tan varias escenas mostró tantas y tan eminentes virtudes, que se arrebatáron la admiracion de los de su era, y cuyo buen olor dura aun hoy para nuestra edificacion y asombro; y no nos cansarémos de repetir, que siempre fué la misma en quantas partes habitaba, variando solo los lugares.

Nos confirmarémos mas y mas en esta persuacion, si descendémos á sus hechos particulares que

con mas especificacion se contienen en la práctica de sus virtudes, de que hace mencion el tantas veces citado, Doctor Don Juan José de Rivadeneyra su confesor. De cuyos apuntes, hechos confusamente y sin distincion, se han entresacado y puesto en diversos paragrafos, con bastante trabajo para el mayor órden y claridad de esta historia, aunque guardando inviolablemente el estilo y modo de explicarse del autor. Nos hemos propuesto empezar la enumeracion de ellas por la caridad ó amor de Dios, que sin contradiccion es la mas noble y excelente de todas las virtudes, pues mira á Dios inmediatamente, y nos conduce á él por sí misma. Por eso tiene la primera clase entre las teologales, y es llamada la forma, el alma, la vida de todas las demas, y es el principio y manantial de todos nuestros méritos.

Se llama la forma de todas las virtudes sobrenaturales porque las perfecciona, les dá el ser, la fuerza y la accion, pues sin ella son de ningun precio ni valor delante de Dios. Es tambien la vida de ellas, porque sin la caridad las otras virtudes están muertas: así está muerta la fé quando no opera por la caridad, como se explica San Pablo. Y quando el mismo Apostol asegura que la fé nos justifica, se entiende siempre de una fé vivificada por la caridad. Que tambien se nombra principio, raiz ó manan-

tial de todos nuestros méritos, ó sea porque sin ella nuestras buenas obras no merecen recompensa alguna en la eternidad, ó sea porque las menores acciones y las mas indiferentes por sí mismas son de un precio incomparable quando son hechas por el motivo de la caridad : lo que obligó al citado Apostol á advertirnos, que hiciésemos todas nuestras operaciones en este espíritu : *omnia vestra in charitate fiant.*

Este era el que animaba á la Condesa. Asienta su director que desde su mas tierna edad empezó á dar los mas ilustres exemplos de esa caridad y amor para con Dios, vivificante, activa y fecunda. Despreciaba y reusaba los entretenimientos pueriles, hallando todas sus delicias en la soledad en que se presentaba al amado de su corazon. Apenas contaba cinco años quando ya era muy ilustrada en el conocimiento de Dios, de sus atributos adorables y soberanas perfecciones. El Señor se complació de gravar sobre ella de antemano, esos rasgos luminosos de su semblante que le demostraban su bondad; como las tres virtudes teologales se ayudan mutuamente y estàn tan conexâs, se reunian en ella al mismo fin. Siendo la fé, como se explica San Pablo, la sustancia de quanto debemos esperar, y un argumento que nos convence de lo que no aparece á los sentidos mate-

riales, debemos deducir de este gran principio del Apóstol, que la misma fé fué el firmísimo apoyo de toda la esperanza de nuestra admirable Condesa, quien desde luego puso en manos de Dios su suerte y la de su familia, no queriendo mas que lo que fuese del divino agrado; en consecuencia de lo qual le aseguró á su confesor, que nunca habia deseado conveniencia alguna para sus hijos, como que toda estaba entregada á tan sabia providencia.

A medida de tanto cúmulo de luces que en orden á tan sublime objeto brillaban en su entendimiento, crecía en su corazon el incendio del divino amor. Esa misma fé vivísima que la animaba, le daba á conocer tanto á Dios y de Dios en la contemplacion altísima que tenía, y la dexaba tan convencida de la suma veracidad del Señor, que no puede engañarse ni engañarnos, juntamente que de otros profundos arcanos en que se veía absorta, que se hallaba arrebatada de los atractivos de la infinita bondad y amabilidad. Quando otros niños aun no usan de su razon y voluntad, que por lo comun se expide á los siete años, ya la privilegiada Catalina sentía que la abrasaba ese divino fuego que la hizo dar principio á la gran obra de la perfeccion. Fué tan intenso su amor y caridad para con Dios, que le levantaba fiebres y calenturas, que ponian en cui-

dado y tortura á los profesores de medicina, y le prescribian sangrías; pero sus experimentados, que conocian mejor qual era el dulce incendio que la abrasaba, le mandáron y ordenáron que à nadie diese el pulso, ni se dexase sacar la sangre.

Y aunque era tan grande su amor á Dios, se quexaba de contínuo de que no lo amaba, y les pedía á sus confesores que le enseñasen esta ciencia del divino amor. Lo que podía provenir del gran concepto que tenía del Ser Supremo, y de lo mucho que llegó á conocer sus perfecciones, bondad y amabilidad; pues por mas que lo amase y apreciase le parecía no hacerlo, á manera de un hidrópico que por mas que beba no halla modo de saciar su sed, así esta alma amante, sin embargo de que era muy sobresaliente su afecto, nunca quedaba satisfecha; por lo que le dixo un dia á su confesor: ,,Padre, la criatura no es capaz de amar á Dios, porque yo con todas las fuerzas de mi alma quiero quererle y amarle, y no le amo." Insistiendo en el mismo pensamiento, le preguntó en otra ocasion: ,, ¿qué haría para amar á Dios?" Hacer en todo, le contestó, la divina voluntad, es amar á Dios. ,, Pues nunca, replicó Catalina, nunca he hecho mi propia voluntad. Mira lo que dices, le instó el confesor, que esa es mucha proposicion. Es cierto, Padre, pro-

siguió ella, y lo puedo jurar, porque siempre he hecho lo que juzgo que debo hacer en Dios." Quedó pasmado el confesor de lo que habia asegurado con tanta certeza, siendo temerosísima de afirmar cosa alguna con juramento.

§. XIII.

SU AMOR A JESUS SACRAMENTADO.

ESTE intensísimo fuego que la abrasaba fué el móvil de todas sus operaciones, de sus grandísimas penitencias, de sus rarísimas mortificaciones y demas virtudes que irémos viendo. Amó á Dios con tanta fineza, que deseó como Moysés y San Pablo, privarse, si necesario fuese, de la vision beatífica, porque ninguna alma desagradase á Su Magestad, ó estuviese en culpa y ofensa suya. Entre otros motivos para tan grande amor, concurría en ella el reconocimiento á los muchos beneficios que le debia al Señor. Sin dilatarnos en el de la creacion, conservacion y haberla hecho nacer en el seno de la Iglesia y otros innumerables, le era de mucha consideracion el haberse sacramentado baxo las especies de pan para hacerle compañia hasta la consumacion de

los siglos. Podemos decir y asegurar que desde la primera edad de Catalina, fué la Sagrada Eucaristía el pábulo de ese divino fuego que ardía en su pecho. Ya hemos observado que en su primera comunion, hecha quando solo tenía seis años., se encendió en su pecho la llama de la caridad, que crecía con la edad; y que este incendio soberano hacía desde entónces rápidos progresos en su espíritu. Le testificó á su confesor, que estando delante del Santísimo Sacramento, sintió salir un rayo que le penetró el corazon dexándolo encendido, y juntamente iluminado su entendimiento.

¡Quántas veces acaecería esto mismo aunque se refiere una sola vez en las memorias! Por eso siempre que podía oraba delante de Su Magestad Sacramentada. Y era tan eficaz el deseo que tenía de recibirla, que obtuvo el permiso de executarlo diariamente. Ademas de ser este amor que le profesaba Catalina á Jesu-Christo Sacramentado, purísimo y muy desinteresado, no por eso dexaba de ser en correspondencia de las muchas mercedes que recibía de él en este augusto misterio. La razon y la misma naturaleza inspiran al hombre el noble sentimiento de amar al que le hace algun bien, ó porque los beneficios son las señales del amor del que los reparte, ó porque por sí mismos se merecen del que

los recibe esta especie de reconocimiento, bien que debemos notar que hay dos suertes de beneficios: unos que están fuera de nosotros, como quando damos nuestros bienes y servicios, y otros por los que nos exhibimos á nosotros mismos. De esta diferencia de beneficios proceden dos diversas fuentes de obligaciones para amar á los que los hacen. Quando hay distincion entre el benefactor y el beneficio, solo se debe amar al benefactor por reconocimiento: mas quando las dos cualidades de la beneficencia y el beneficio se reunen en una misma persona, como quando uno se dá y entrega voluntariamente á otro; ya entónces concurre una duplicada obligacion para el amor, una de reconocimiento al benefactor, y otra al beneficio por un sentimiento íntimo, al que aun no se le ha dado nombre en lo moral, y consiste en aquella cierta especie de ternura que tenemos para quanto nos pertenece.

Baxo estos dos aspectos se nos presenta Jesu-Christo en el Santísimo Sacramento del Altar, en que demas de ser nuestro benefactor, se nos da á sí mismo como el mas inestimable beneficio, para solicitar estas dos inclinaciones de nuestros corazones. De esta suerte las pedía del de Catalina, queriendo lo amase como á su insigne benefactor por reconocimiento, y como un beneficio que le tocaba

por inclinacion y ternura. Protesta el Doctor Rivadeneyra que en todo el tiempo que la confesó, serían raras las comuniones en que Dios no la enriqueciese de sus dones y gracias para arrebatarse su agradecimiento é inclinacion. El anhelo de conseguirlas excitaba mas en su corazon los deseos de acercarse á la divina mesa. Era esto con tal extremo, que estando en una ocasion enferma de ahogos, apuraba al médico que le recetase y mandase Sacramentos, por lograr de este modo comulgar aquel dia y recibir al muy amado de su alma. Y tenía mucha razon: porque ¡quán inmensos consuelos participaba en la comunion! Ya fortalecía Dios su alma en ella, y la sacaba de grandes aflicciones y temores que padeció en muchos tiempos: ya la ilustraba y despejaba en las mas espesas tinieblas y oscuridades que á veces la cercaban. Reparó su director que raro era el dia en que el Sol Eucarístico no serenase su espíritu, aunque despues volvia á llenarse de tinieblas, trayendola Dios entre luces y oscuridades. Muchas veces despues de comulgar se quedaba por tres horas absorta en su amado.

Es memorable en los fastos de su historia un dia de la Natividad de nuestra Señora, en que desde la víspera se preparó con la disciplina de sangre que acostumbraba en tales festividades, y con un de-

seo intenso de tener á Jesus en su pecho, como dixo lo habia conseguido. Pasó toda la noche en la Iglesia, y muy de mañana comulgó sacramentalmente. Todo aquel dia quedó en un gran recogimiento de sentidos y potencias, y perseverando hasta la noche en la misma Iglesia, fué arrebatada en éxtasis, y cayó en el suelo de la capilla de Guadalupe donde se habia retirado. Siendo ya de noche ocurriéron con luces: llamábanla y no respondía, porque nada oía. Poco despues prorrumpió en estas dulces palabras: JESUS ES TODO MIO, Y YO TODA DE JESUS. ¡OH Y QUIEN TE AMARA COMO MARIA! Tales eran los encendidos afectos de su corazon inflamado. Mandóla su confesor ir á su casa; y se iba como cayendo, de modo que fué preciso embiarla acompañada. Se cree que esto sucedió en Pisco.

De aquí nacía la gran devocion que profesaba á este adorable Sacramento, en que un Dios disfrazado en las especies de pan era el objeto de su mas ardiente amor. No se podía separar de él sin violencia. Lo velaba y reverenciaba como serafin amante, permaneciendo inmóvil en su presencia, y volando hácia la sagrada forma con las alas de su corazon. Del mismo principio se originó apellidarse *Catalina del Sacramento*, que permitió Dios se lo confirmase un sacerdote su confesor, que dándole la

comunion un dia á las seis de la mañana, le dixo: *¿Sacramento, por que tardaste?* Como que gustaba tanto el Señor de entrar en su pecho, que mostró por boca de aquel ministro suyo que aun la madrugada le parecía tarde. Con este nombre se constituyó esta esposa del Señor su esclava, y como tal cuidaba de lavar los manteles, palias y corporales del altar del Sacramento, y veneraba tanto á estos por el contacto de la sagrada hostia, que se bebía el agua con que se lavaban.

Cuidaba tambien de su cazoleta los jueves, componiéndola ella misma de las mas exquisitas fragancias que podía. Indicio de las que exhalaba su corazon, que le eran mas gratas á su divino dueño, subiendo hácia él, como ya hemos dicho, á manera de una varilla derecha de humo confeccionado de los mas preciosos aromas que salian de su alma encendida y abrasada en el fuego del amor mas puro. Este mismo incendio la estimulaba á acompañar al Dios Sacramentado quando salía por las calles de Viático para los enfermos. En una ocasion que lo llevaban fuera de la villa de Pisco lo seguía con órden y consentimiento prévio de su confesor. Reparando su expedicion un sugeto compadecido de la gran excursion que emprendió executar, le advirtió que iba muy léxos; y ella le respondió: *venga Usted: vamos.*

§. XIV.

SU ORACION.

LA meditacion y contemplacion, decía el real Profeta, en inteligencia de San Ambrosio, es la ardiente fragua en que se inflaman los afectos y se enciende el fuego de la caridad; porque la meditacion diligente, cuidadosa y aténta de las cosas celestiales y divinas, es el camino llano ó medio ordinario para pegar, encender y dilatar esa soberana hoguera. Esto les sucedió puntualmente á aquellos dos discípulos de Jesu-Christo que caminaban con él al castillo de Emaus, que al oirlo discurrir sobre las Santas Escrituras, al meditar y reflecccionar sobre sus palabras, sentian que se abrasaba su corazon. Y lo mismo les acaece á todas las almas santas que se dan al exercicio de la oracion y contemplacion, siendo este aquel fuego que plugó al Señor enviar á la tierra para que la abrasase dilatándose por todos sus ángulos.

Desde muy temprano aprendió la insigne Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer esta arte maravillosa, ó por decirlo mejor, se la enseñó el mismo Jesu-Christo. Tenía un pequeño crucifixo de mar-

fil que la acompañó muchos años, se lo ponía al pecho quando dormía, y le significó un dia siendo muy niña, que no durmiera mas de tres horas. Era el puntualísimo relox que la recordaba para que se pusiese en oracion á las tres de la mañana, colmándola de inefables favores. Sintió en una ocasion que desenclavando un brazo se lo echaba al cuello, volviéndolo despues á unir á su cruz. Tal fué el relox despertador que se le sostituyó para su oracion, en lugar de otro que la guiaba en el mismo ministerio, y de que se desprendió solo porque le gustaba por su puntualidad, pareciéndole le tenía apego, como verémos en otra parte. ¿Qué mucho pues que con tal director se adelantase tanto en la ciencia del divino amor? ¡Que anduviese como fuera de sí engolfada toda en el profundo oceano de la divinidad, y absorta en una suavísima contemplacion de su grandeza! No estaba á veces capaz de oir ni hablar, y se le mandó que no admitiese ni tuviese visitas, y aun de tomar alimento. Ni estaba en lo que le decian, como si el trato y comunicacion con Dios la privase del de las criaturas.

En la oracion y contemplacion adquirió una ciencia sublime de los misterios y cosas de Dios, y de quanto pasa en aquel trato interior y familiar que tiene Su Magestad con sus mas fieles siervos. De

todo lo que hablaba con grande inteligencia y propiedád quando se ofrecía la ocasion. En aquella escuela aprendía cosas muy altas y elevadas, que no habia leido ni estudiado; que oidas eran la admiracion y asombro de sus confesores, que era lo mismo que le acaecía á Santa Rosa y otros santos, á quienes se complace Dios de revelar lo que oculta y esconde á los soberbios y sábios del mundo. Refiere el Señor Rivadeneyra, que despues de haber estado un dia sumergida en una oracion y meditacion profunda, al volver de ella le explicó con tanta propiedad y elevacion de términos la distincion que hay entre los arrobamientos y embelesos que lo dexó atónito; mostrando en el modo con que se expresaba, que aquella era una ciencia de superior órden, cuyos principios no los sabe ni los usa sino quien los recibe y experimenta como dice San Juan: *nemo scit, nisi qui accipit.*

Era ademas esta sierva de Dios muy sabia y docta, y entendía perfectamente la mística. Habia leido en Santa Teresa y otros libros espirituales los modos de oracion, visiones y raptos. Sus confesores la tenian bien instruida en todas las ilusiones y falacias del comun enemigo. No era afecta á revelaciones; ántes sí sentía que el Señor la llevase por ese rumbo, temiendo ser engañada. Por lo que varias ve-

ces le declaró á su confesor que se le ofreció dexar la oracion, mas nunca lo verificó. Solía hablar de estas materias recónditas despues de comulgar, en que, llena de favores del cielo, rebosaban por sus labios. Ya se dixo que para acercarse á la sagrada Mesa, se preparaba y disponia con una oracion de toda ó parte de la noche; y despues de comulgar seguian tres horas de altísima contemplacion. Y tambien parece que á las demas buenas obras que hacía, se prevenía con la oracion, y las coronaba con ella. Así despues que en el hospital de Santa Ana de Lima se entregaba á los actos y oficios de misericordia, se retiraba á la capilla del Calvario, y permanecía allí en profundísima contemplacion hasta las ocho de la noche en que se iba á pie á su casa. Aun las mayores penalidades se le hacian tolerables poniéndose en oracion. Se valió de este remedio en cierta ocasion en que se le mandó en penitencia pasar los pies por tres veces por el fuego de una vela encendida, y no lo sintió porque se puso á orar. En sus grandes enfermedades y padecimientos era todo su consuelo ponerse en oracion y contemplacion. Ella era el lenitivo de sus congojas.

Podemos decir que Doña Catalina fué aquella muger prodigiosa aparecida en el cielo de la Iglesia, que por su oracion y contemplacion que le sirviéron

de grandes alas, voló al desierto de las criaturas. Por eso gustaba mucho de orar en los retiros y templos. Acabamos de admirar su conducta en el hospital de Santa Ana. En Pisco salía á deshoras al mismo efecto, atravesando sin miedo gran parte de la villa hasta la Iglesia, cuya llave tenía, á imitacion de su insigne devoto San Felipe Neri, que se iba á las catacumbas ó subterraneos de Roma, donde estaban enterrados los cuerpos de los santos mártires, á gozar allí de las dulzuras de su contemplacion. Esa era la amable soledad á donde la conducía el Señor, para hablarle al corazon. Luego que se ponía en oracion quedaba absorta y arrebatada, insensible á toda incomodidad. En los viernes santos oraba tres horas seguidas con los brazos en cruz, y es creible fuese esto quando meditaba en las tres horas de la agonía de su amabilísimo Jesus crucificado. ¡Qué mucho si su modo comun de orar fué siempre en cruz, y cargándose pesos enormes en los brazos! Miéntras le duraban tales raptos estaba tan fuera de sí, que á nada atendía. En semejantes circunstancias le diéron á guardar un relox, y al cabo de dos dias se admiró ella misma de hallarlo en su poder.

§. XV.

SE CONCLUYE LO COMENZADO.

TODAS sus acciones las dirigía á Dios, y podemos asegurar que estaba siempre en su presencia y en continua meditacion; y el Señor le correspondía haciéndole percibir las señales de su aprobacion y asistencia especial. Estaba íntimamente convencida de que Dios se halla en todas las cosas, no solo por su poder que todo lo produce, y por su presencia que lo conoce todo, sino tambien por su ser infinito, que con su inmensidad todo lo llena. Sabía así mismo que Su Magestad habita de un modo especial en los justos por su gracia, con mas ó menos excelencia segun la clase de ellos. Así en qualquiera parte donde se hallase tenía á Dios presente, y lograba su comunicacion por medio de la contemplacion y oracion. El Señor fomentaba especialmente sus buenas disposiciones, y le daba á gustar de las dulzuras de su trato familiar. Aliviaba caritativa un dia á un pobre muchacho de su casa sacándole esos pequeños insectos que suelen atormentar los pies, creciendo y multiplicándose en extremo, principalmente en los de corta edad. Estando, digo, en esa ope-

racion, toda ocupada en el pensamiento de Dios, levantó el rostro y se halló con Jesu-Christo, y quedó estática; y al volver de su rapto desapareció el Señor de su vista, habiéndole dado á gustar de la sangre de la llaga de su costado.

Ya se ha mencionado uno de los mayores raptos que tuvo en el dia de la Natividad de nuestra Señora, hablando del qual dixo: que en todo el tiempo que le duró, su voluntad habia estado amando sin cesar, y que se iba á su Dios como un caudaloso rio ácia su centro, deseando morir y hacer muchas penitencias; y que si se lo hubiera permitido la obediencia, se habría hecho pedazos desgarrándose á disciplinas. De todo lo dicho debemos concluir, que la vida de esta sierva del Señor fué toda una vida de oracion comparable á la de Santa Teresa, Santa Catalina, Santa Rosa y otros grandes santos y santas; siendo la meditacion la admirable escuela donde á su exemplo aprendió los raros y exquisitos modos de mortificarse, de que ya hablarémos. Pero porque la grandeza de las cosas que el Todopoderoso obraba en ella no la envaneciesen, pudo decir con San Pablo, que el Señor le sembró ese mismo camino de muchas tribulaciones y tentaciones, mezclándole los consuelos con las mas terribles aflicciones.

Ya la cercaba una noche obscura, en que no palpaba mas de sombras espesas, obscuridades al parecer inaccesibles, tinieblas, desolaciones. Pareciale engaño é ilusion quanto pasaba en su alma. Creía estar en pecado y desgracia de su Dios, como un objeto de su desagrado, aunque nunca le ofendió advertidamente. Toda era temores, exclama el Señor Rivadeneyra en el tiempo que la dirigí, y toda su vida. Esto la tenia triste y afligida hasta llegar á enfermar. Mas à estas obscuridades y desolaciones se seguian luego consuelos, luces, seguridades, texiendo Dios la tela de su vida de la asombrosa alternativa de tan diversos hilos, que eran muy de su agrado. ¿Qué de veces se le hizo sensible una dulzura extraordinaria é indecible con los mas notables afectos de paz, tranquilidad y amor? Hubo ocasion en que esa dulzura le duró cinco dias contínuos: otras le duraba un dia, pero siempre con grande amor á Dios que la arrebataba. De esta suerte aunque el divino Esposo la dexaba padecer tanto de infierno, le enviaba tambien mucho de cielo.

A las noches tenebrosas, en que como la Esposa de los Cánticos lo buscaba sin consuelo, se seguian los dias serenos y luminosos en que lo estrechaba tiernamente entre sus brazos. Si no le amanecía el sol porque Jesus se le ausentaba, se lo re-

compensaba despues con todo el lleno de sus *claridades*. Acordémonos de aquellos quince dias funestos y terribles en que padeció una tentacion de pesado sueño, que degeneraba en letargo. ¡Qué mortal repugnancia para todas las cosas espirituales, para los exercicios y penitencias! Sin querer ir á la Iglesia: su entendimiento en tinieblas, endurecida su voluntad, oprimida de una suma pesadez. Con todo se dió á la oracion. En sazon tan triste se le representa un precioso niño en pie en la tarima del altar. Ven, le dice, como á la Esposa, *veni*. No pudiendo mover el pesado plomo de su espíritu por mas que hacía de su parte, le responde que venga hácia ella. Tu pereza me estorba, le replica el Niño amable: levántate y ven, como si le dixera: *surge amica mea et veni*. Ay! Señor, exclama ella: ¿por qué me desamparas y te me ocultas tanto? *Fortalécete*, le dice el Niño, *mucha gloria me das buscándome en tus trabajos y obscuridades*. Venga ya pues mi amado, contesta la sierva de Dios: *veniat dilectus meus*. Y el Niño le promete que lo hallará en el Sacramento. ¡Qué admirable coloquio en que á un tiempo se muestran las angustias y consuelos de una alma en tan obscuras noches! ¡Qué coloquio tan suave é inflamado, capaz de enternecer y abrasar los corazones mas frios y empederni-

dos! En él creciéron los deseos de Catalina de recibir á su muy amado. En efecto, en la inmediata comunion se le volvió á mostrar el Niño divino, que la traspasó con el dardo de su amor, y la embriagó con el generoso vino que da á beber á sus escogidos: *introduxit... in cubiculum suum*, dexándola redundante en consuelos celestiales. Se retiró como fuera de sí de la Iglesia á su casa, y se mantuvo hasta las dos de la tarde en su oratorio, gozando del dulce sueño que le causó aquella feliz embriaguez, que se le repitió pocos dias despues.

Ni se contentaba con el uso de la oracion mental, le unía tambien la vocal. Debemos suponer que nuestra Condesa poseyó en sublime grado la devocion que hace, como se explica la Iglesia, el carácter de las de su sexô. Por lo que debemos creer, que se exercitaba en todos los exercicios y fórmulas santas que practíca laudablemente el cristianismo. Las vias-sacras, novenas y otras que aprueba la piedad, entraban en el plan de su vida devota. El Rosario de la Santísima Virgen era su ocupacion favorecida. Lo rezaba por lo comun tres veces al dia: por la mañana en cruz: siempre con la familia, y en la ocasion mas oportuna; y si se lo permitía el tiempo no se contentaba con los tres, sino con quantos podía. Acompañaba á los que salian por las calles

de Pisco, y lo decía á la una del dia, haciendo coro con multitud de pueblo en la Iglesia mayor de aquella villa, quando residió en ella, no escusándose de repetirlo siempre que se le pedía ó mandaba. Este celo con que lo promovía, podría merecerle el sobrenombre de Apóstol del santo Rosario. Tuvo la dicha de que se le apareciese la Vírgen Soberana, y de haberlo rezado en su presencia: correspondiendo así la Madre de Dios al fervor con que se lo ofrecía.

§. XVI.

SU MORTIFICACION.

DECIA admirablemente San Bernardo, que el modo de amar á Dios es amarle sin modo. Y como Catalina se mortificaba por amor á Dios, lo hacía sin término ni medida. No es posible, dice el Señor Rivadeneyra, llevar órden en referir sus mortificaciones, pues ella no lo guardaba en practicarlas. Es tanto lo que hay de este género en los breves apuntes de dicho Señor, que no se acierta á escoger por donde se ha de empezar. No obstante, para observar algun método, nos seguirémos y arreglarémos por los sentidos y potencias, en cuanto tengamos que decir sobre esta materia. Estaba intimamente

persuadida la gran Catalina, de que es muy estrecho el camino que conduce á la vida eterna: que el Reyno de los Cielos padece violencia, sin que llegue á poseerlo quien no se la hace á sí mismo, no pudiendo estar los discípulos de Jesu-Christo á juicio del Apóstol, sin crucificar su carne y apetitos. Por lo que definió el Tridentino, que la vida de un cristiano debe ser una continua penitencia. Esto mismo obligó á San Agustin á pronunciar, que todo el que se conforma al Evangelio no puede prescindir de la cruz y de una especie de martirio: ni ¿cómo podrán abandonarse al placer, concluye el citado San Bernardo, unos miembros cuya cabeza está coronada de espinas?

Este fué el plan que se propuso la heroina de nuestra historia, y lo llenó perfectamente. Fué espantosa su mortificacion. Desde niña afligió y atormentó tanto su cuerpo, que ella misma llegó á decirle á su confesor que escrupulizaba de su amor á la penitencia. Escrúpulo digno de un San Pedro de Alcántara, su modelo y muy devoto, que al fin llegó á pedirse perdon por lo mucho que se habia atormentado. Bien pudiera decirse de esta austerísima muger, que fué la Alcàntara de su sexô. ¡Qué ingeniosa é industriosa era en inventar diversos modos de macerarse y afligirse. Parece que no pensaba en

otra cosa, como si no respirase ni produxese mas de continuas y varias mortificaciones. Absorto su confesor de lo mucho que le veía hacer contra sí, temía que no creerían su relacion. Así exclamaba: „digo sin ponderacion, que por eso escribo llano, porque no es menester ponderar donde todo admira, que fué toda su vida una suma mortificacion, y eso á fuerza de la gracia. Y de milagro pudo vivir el tiempo que vivió: en especial miéntras la confesé, ni dormía ni comía, toda llena de trabajos, de dolores y mortificaciones.“

Mortíficó en primer lugar su vista en quanto pudo. En nada fixaba los ojos, por lo que no le quedaba especie alguna de las personas con quienes hablaba. Es memorable el suceso, que ya hemos mencionado, de no haber visto el rostro de su esposo en el dia de los tratados de su matrimonio hasta que volvió seis meses despues de su gobierno; de donde se colige quan dominada tuvo la curiosidad, que es la pasion dominente de las de su sexô. Y este era el origen de su notable repugnancia á las diversiones, paseos, espectáculos y visitas. Como si fuesen culpables sus ojos de que se los alabasen por su belleza, fuéron penados en dexarlos sin pestañas, y los tuvo á punto de perderlos, solo porque sus deudos intentáron que asistiese á una comedia. ¡Qué mucho que

usase de este rigor en las cosas arregadas ó indiferentes, quando mortificaba su vista aun en las buenas y santas! Gustaba mucho del aseo de los altares, del adorno de los templos, y de que se celebrasen con magnificencia las grandes festividades de la Iglesia. Nada llegaba á la complacencia que sentía de ver al Santísimo Sacramento; pero parece increible que hasta en tan devotos objetos hallase modo de mortificarse, procurando no alzar los ojos para verlos.

Ya hemos admirado que la Condesa vivía tan abstraida de todo lo que era mundo, que jamas atendía á lo que se le decía y hablaba, sino es que fuesen cosas espitituales y precisas, llegando á dudar ella misma y preguntar, si esta prescindencia habría llegado al grado de insensatez: con todo fué tan hábil en molestarse, que buscó tambien arbitrios para atormentar sus oidos. ¡Qué de cosas ocurren en este valle de lágrimas y miserias que incomoden á este sentido, y mas en los que padecen de la cabeza como Catalina! Los grandes ruidos de las campanas y otros cuerpos: los gritos descompasados que á veces se perciben: esa trompeta importuna y sutil de los sancudos de que abunda Lima, que incomoda mas por su sonido que por la picada, que le es inseparable, en especial en ciertas temporadas, y

suele hacerse intolerable, principalmente en las enfermedades y grandes desvelos. De nada de eso se quejaba jamas la pacientísima Condesa. Antes hallaría sus delicias en sugetarse à tantas pensiones. A manera de una sierva del Señor de estos últimos tiempos, muy inteligente en los primores de la música, que hablando del sumbido de los saucudos, decía que observaba en él la mas grata, mas fina y delicada armonía, deteniéndose en descubrir y exâminar los diversos tonos y sonidos de que constaba. Y es, que de ese modo procuraba paliar, disimular y hacer grata la molestia que esos insectos le causaban.

No era menos ingeniosa en mortificar su olfato. Quanto mas propensas son las mugeres á las flores y olores, tanto mas procuraba Catalina de huir y abstenerse de ellas. Hizo empeño de privarse de todos aromas, perfumes y fragancias agradables, adoptando en su lugar las fetideces mas desapacibles. Apetecía el tabaco, y quisiera que fuese bueno, pero jamas lo pretendió ni solicitó, y si lo tomaba no pasó de siete polvos. La hediondez hacía mucha impresion en su delicadísimo olfato. Tres años le duró la que recibió de la de un cuerpo corrupto de que tuvo asco en el hospital. Por lo mismo que eso le incomodaba tanto, se entraba á oler las calaveras en el

calvario, y se comedía á exercitar aquellos oficios baxos en que se excitan las sensaciones mas ingratas. ¡Quánto de eso experimentó en la asistencia contínua de los enfermos, á que con tanto teson se habia dedicado! No se desdeñaba de colocarse entre los álitos mas pestíferos, y alguna vez se puso una gerga de un cuerpo medio corrupto, que precisamente los despedía con abundancia. ¡Oh, Catalina! ¿quién podrá detenerse mas en esto sin estremecerse? ¡Qué leccion para las que no pueden pasar un momento sin estar sumergidas en los mas esquisitos olores!

§. XVII.

SIGUEN SUS MACERACIONES.

¿Y qué diré del extremo con que mortificaba su gusto absteniéndose de los manjares regalados, y privándose de lo que mas apetecía, como del chocolate, miel, leche y queso? Confitaba las guindas con acibar, y usaba de ellas con disimulo. Comía de viernes aun en sus graves enfermedades, y costaba mucho reducirla á tomar carne: hasta en la sustancia mezclaba alguna cosa que la revolviese y moviese á asco. ¿Y qué comía? Lo que mas le fastidiaba.

En quatro años no se alimentó mas que de garvanzos frios, cocidos de un dia para otro, sazonados con ceniza, de los que tomaba un puñado de dia y otro igual le servía de cena. Se sustentaba de ellos porque le fastidiaban y les tenia asco, pareciéndole, como ya se apuntó, que eran de la fuente. Los lúnes, miércoles y viernes los tomaba una sola vez, y los domingos y jueves se guisaban. Antojósele tomar sandía, y como si esto fuera delito, pidió licencia para comerla en su plato, que era un cráneo ó parte superior de una calavera, con lo que quedó muy fastidiada de esa fruta. Si bebía agua era quebrantada. Se privaba de ella enteramente desde el jueves hasta el domingo despues de Misa. En los viernes y otros dias en que se lo mandaban, tomaba mate en una calavera que llamaba EL MATE DE MARFIL. No podia ser mas rigorosa su abstinencia.

Se propuso por regla general hacer quanto le causase asco, y executó cosas que aun pensarlas horroriza. En una quaresma hizo colacion con lo que sobró una enferma. No puede referirse sin espanto, y sin que se alteren y revuelvan las entrañas, lo que la gran Catalina de Chile practicó, á imitacion de la de Sena y de la ROSA de Lima, ya lamiendo una llaga cancrosa, ya bebiendo la podre de otra. Pero parece que se excedió á sí misma bebiendo el

vómito de un moribundo, solo porque le fué asqueroso. Omito otras varias acciones que si las disculpa la razon, es por lo piadoso del motivo, y que dan á conocer que hay hechos en las vidas de los siervos del Señor mas admirables que imitables, y que quizas necesitan para su execucion de un superior impulso. Para concluir lo que nos resta decir de como maceraba el sentido del gusto, añadirémos lo que pertenece á la lengua, que tenía siempre encerrada en el mas profundo silencio. Jamas permitió saliese de su boca, no digo palabra ociosa, pues aun las precisas las escaseaba tanto á su esposo, á sus hijos y nietos, teniendo escrúpulo de parlar con ellos, porque esta conversacion le agradaba, y siendo necesario que el confesor le mandase en la Iglesia y señalase las horas en que les habia de hablar.

Mas como el sentido del tacto es el mas estensó y dilatado, le abría tambien á esta ilustre penitente mas vasto campo para exercitar sus piadosas crueldades. Besaba los pies de los muertos, los de los párvulos difuntos, y los cargaba con mucho afecto. Porque le movió á asco el alzar á una enferma de la cama, se la hizo en toda una quaresma, y estando ética la puso sana. Rara vez se desnudaba, y dormía calzada. Padeció de grandes dolores de cabeza, y se aliviaba con tener en ella un paño; mas

se privaba de esto, y era necesario que el confesor no se descuidase de mandárselo. En las fiestas de la Santísima Virgen se untaba con miel las manos y la cara, y se retiraba á lo mas escusado de la casa á buscar, puesta al sol, enxambres de moscas que la picasen, permaneciendo en este tormento mucho tiempo. Cuando estuvo en Castro-vireyna salía de noche al ayre, y sé paseaba por la nieve que elaba su cuerpo. Y no debemos olvidar lo que executaba de niña, en Santiago de Chile su patria, entrándose en una acequia fria. Dormía entre puertas y ventanas para templar el ardor que abrasaba su pecho. Rara ó ninguna vez se sentaba en la Iglesia, y si lo hacía era cargándose sobre las rodillas con una postura muy incómoda. Se ataba huesos de guindas en las rodillas para hincarse, y se ponia clavos en los zapatos para hacer los exercicios de la buena muerte. Padeció unos fuertes ahogos, en que tuvo una estupenda alternativa de ahogo y contemplacion, de consuelos y fatigas, y para aumento de estas regó la cama con azucar.

Hacía su gloria, como San Pablo, de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Su contínuo modo de orar era en cruz, ó puestos en esa forma los brazos, como lo hacía por tres horas en el viernes santo; y porque no sentía el peso de ellos, se ponía

algun otro estraño, ó se tendia en cruz en el suelo; ó ya puesta en unos clavos de que formó cruz. Era muy devota de este gran instrumento de nuestra redencion, y deseaba tener una cruz grande en que mortificarse, sabiendo de boca del Señor, que sería muy de su agrado. De vergüenza no se atrevía á mandarla hacer, y Su Magestad le prometió que cuidaría de que la tuviese. En efecto, pasando un dia por una calle le salió al encuentro un muchacho, y le preguntó si quería comprar una cruz que llevaba? Conoció que Dios se la enviaba, y sabido su precio la hizo llevar á su casa, donde la entráron al oratorio por delante de su marido sin que este la viese; empezando desde entonces á usar de ella para sus santos exercicios. Ademas de la cadena de fierro que desde su niñez destinó para faxarse la cintura, usaba unos ásperos cilicios del mismo metal, con que estrechaba y afligía su delicado cuerpo.

¿Y qué diré de sus disciplinas? Ya apuntamos que acostumbraba dárselas con ortigas, con beneplácito de su divino dueño, y sentía mucho quando iba á parage donde no las habia. Pero ¿qué falta haría esta planta á vista de los crueles instrumentos de que se valía para sus terribles flagelaciones? Oh! y qué disciplina! Da horror solo el verla, dice

el Señor Rivadeneyra. Desde el principio hasta el fin es de unas puas muy agudas: no parece de fierro, sino de coral por el esmalte de su sangre. Estimábala mucho, y el modo de obtenerla y conseguirla era el de mortificarla con quitársela. En los lúnes, miércoles y viernes se daba dos de sangre: en los demas dias del año proseguian contínuas disciplinas llanas y de sangre. Despues de las de sangre, para que esta saliese, usaba de las de pita. Solian atormentarla los pies ciertos insectos de que abunda esta region, y los sufría sin sacárselos hasta los cinco dias. En fin, apenas tomaba por descanso tres horas de sueño, y á veces ni aun esas por pasarlas en oracion, en los clavos, ó con un palo á las espaldas. Con razon, pues, pudo como otro Alcántara pedir perdon á su cuerpo de la crueldad con que lo trataba.

§. XVIII.

SU HUMILDAD Y OBEDIENCIA.

EL cimiento de la piedad cristiana es la humildad. Esta es la sólida base sobre que la estableció su divino fundador. Nadie se salva si no es predestinado: no puede serlo quien no se asemeja á Jesucristo, siendo humilde. Esta es la virtud propia de los

Qué estupidez! y qué blasfemia!

discípulos del Crucificado. Otras virtudes podrán formar grandes hombres, aun entre los gentiles, pero no podrán hacer verdaderos cristianos. Los antiguos filósofos que dixeron tantás bellezas de aquellas, ignoraron hasta el nombre de esta. Por lo que nos dexó intimado nuestro divino maestro, que aprendiésemos de él y no de otro alguno, á ser humildes de corazon: *discite á me*, y que si no nos hiciésemos como los párvulos, no entrarémos en el Reyno de los Cielos. Todo lo que persuade, que la humildad es entre todas las virtudes la mas esencialmente necesaria para salvarse. Por eso Santo Tomas juzga que despues de las virtudes teologales é intelectuales y la justicia, es la humildad la mas grande y excelente, la que en todo nos sugeta á razon, y nos dispone para obtener la gracia, comparable á los valles, en que las lluvias y el rocío del cielo causan la fecundidad y abundancia. Y añade San Bernardo, que es tan íntima la alianza entre la humildad y la gracia, que la Santísima Vírgen respondió con palabras y sentimientos sumisos á la proposicion del ángel, para preparar de ese modo su corazon à la mas sublime de las gracias.

Nuestra admirable Condesa llegó á poseer perfectamente los tres grados á que reduce el seráfico doctor á esta virtud. Creía en el primero que de-

lante de Dios era nada, no teniendo por sí mas de debilidades y miserias. Se complacía en despreciarse interiormente, sin atribuirse prenda alguna estimable de que se juzgaba indigna. Conforme al segundo grado sufría con paciencia los desprecios, en la inteligencia, de que aunque se pensase ventajosamente de ella, no era verdad; sino lo que parecía ser en el tribunal de Dios. Ultimamente, elevada al grado tercero y mas sublime, amaba los desprecios; y los solicitaba, mirándolos como un medio de asemejarse á su Dios anonadado y abatido. De aquí nacía el tenerse en tan vil concepto, que le dixo un dia á su confesor, que á su parecer era peor que Júdas. Preguntada si lo decía de veras, estuvo resuelta á jurarlo. A los mayores pecadores los tenia por mejores que ella, y todas sus cosas las reputaba ilusiones y engaños; y que por tanto, siendo lo que era, era incapaz de favores. Motivo porque se le ofrecía dexar la oracion y seguir un camino llano; mas nunca permitió Dios que esto sucediese.

En tales conflictos se ponía en oracion con la gracia de su Dios que la auxiliaba y confortaba, y luego era arrebatada y ensalzada su humildad uniéndose mas y mas con su hacedor. ¿Qué mucho, pues, que esta buena correspondencia con que el Señor premiaba sus humillaciones, le inspirase una eficaz y

sagrada hambre de tolerarlas y aumentarlas? Por eso nada le agradaba mas que el que la injuriasen, menospreciasen, y maltratasen: que no la reconociesen, acatasen y respetasen por lo que era. En su misma casa hubo persona á quien hizo mucho bien, que como instigada por el infierno, llegó al extremo de darle de bofetadas, sin mas despique que tener pronta la otra mexilla para que se repitiese el agravio. Y hubo ocasion en que se propasáron á darle de coces golpeándola con los pies. Desacato que toleró como muda con la mansedumbre de un cordero. No era insensible á la ingratitud, y ningun miramiento de su clase y calidad. Todo esto se lo representaba muy de vulto su talento y reflexîon; pero su espíritu humilde se lo hacía todo llevadero, y pasaba por tantos vejámenes gustosa, sin desahogarse en la mas leve queja.

Descubramos con mas individualidad los quilates de su humildad, recorriendo ligeramente toda su conducta. Era muy humilde, llana y sensilla en sus palabras, modales y manejo. Fuélo en el vestido, tanto, que parecería el que usaba despreciable aun en una pobre. Me la figuro al contemplar su trage como á una criada de sus mismas criadas. Su camisa era de choleta: su faldellin de bayeta de Cuenca: no usaba medias ni calcetas. Su manto muy llano: de

su saya decía graciosamente que la quería por pobre y puerca. Siendo así que era naturalmente limpia y aseada, que pasaba á melindrosa: mas ese génio se lo dió Dios para que tuviese mas mérito. ¿Y quál era la cama de una Señora Condesa de la Vega? ¡Confúndase y avergüéncese la vanidad! Su cama era de pellejos: sus sábanas dos gergas: al principio de lana blanca; y porque le agradaban pidió á su confesor se le comprasen de lana negra. Allí descansaban sus delicados y atormentados huesos. Jamas se le conociéron alhajas, cinta en la cabeza, ni pañuelo que no fuese muy tosco. Esto es ya irnos entrando en su pobreza voluntaria: pero ¿quién ignora que la pobreza es humilde, y la humildad pobre?

Quizas no se ha visto otro corazon mas desprendido y despegado de las cosas del mundo que el de esta muger prodigiosa. Era aficionada á reloxes: tuvo uno muy bueno para guiarse en la oracion con aprobacion de su confesor á fin de usarlo en aquel destino, y porque le gustaba por su puntualidad, fue bastante para deprenderse de él. Dió una caxeta de carey, tal vez porque era aseada, y se acomodó á otra como de guardar perlas. Pero qué mucho, quando aun las sagradas imágenes las daba si llegaba á tomarles amor, siguiendo el gran consejo de Santa

Teresa, de no poner su aficion sino en el original, y el encargo del esposo, de estar él mismo en el corazon de la esposa. Pobre como la mas religiosa: tenía hecho voto de pobreza en quanto se lo permitía su estado, que renovaba en las fiestas de la Virgen, y guardaba estrechamente, pidiendo licencia al confesor para vestirse y calzarse de nuevo, como sucedió especialmente en una ocasion en que se le hincharon los pies, y se le endureciéron los zapatos con la sangre de las disciplinas. Por último, para dar la mas relevante prueba de su humildad y pobreza, se vistió el hábito de San Francisco, durándole siete años el primero que se puso. Pero cosa extraña y rara, llegó á escrupulizar de tener tanto afecto á la pobreza, porque le parecía apego.

§. XIX.

PROSIGUE.

HEMOS ya insinuado quanto se esmeró en la obediencia á sus padres y mayores. Mas era tanta la que tenía á sus confesores, que salía de sí de temor y respeto, como pudiera estar un esclavo delante de su amo. Les daba el tratamiento de Señor: les besaba las manos: quando les escribía se firma-

ba su esclava: y vivía tan confiada en sus dictámenes, que no dudaba executar sus mandatos como si fuesen del mismo Dios. Habia hecho voto de obedecerlos, y lo renovaba todos los años. Les consultaba frecuentísimamente con la pluma ó de palabra, porque todo debía pasar por su tribunal, y lo habian de determinar. Un dia le dixo à su confesor que estaba resuelta á hacer quanto le mandase; y él por probar su obediencia le preguntó: ¿si entraría en una bóveda? Al punto quitó ella misma la loza: entró con indecible prontitud y presteza, y se mantuvo con los difuntos durante el tiempo de un responso que se les hechó. Despues de lo qual se le mandó salir, y lo practicó con muchas lágrimas y ternura, habiéndole dado Dios á conocer con extraordinaria viveza, que no era mas de tierra y podredumbre, en que por último se convertiría.

Sintió en otra ocasion con estremo la ausencia de un confesor suyo. Quizá fué la del Señor Don Juan José de Rivadeneyra, quando en el año de mil setecientos veintitres dexó el curato de Pisco, donde entonces residia la Señora Doña Catalina, para ir á tomar posesion en la Iglesia del Cuzco de su dignidad de tesorero, á que habia sido promovido. ¡Qué pena causaría en aquel corazon, una separacion de por vida de una persona que tanto apreciaba, y cuya

direccion le era tan útil para no volverla á ver mas! Aunque estuviese muy desprendida de todo lo criado, parece que en tales circunstancias tenía un justo motivo para abandonarse al mas doloroso sentimiento. Con mucha mas razon que los que componian la primitiva Iglesia de Efeso, se deshiciéron en llanto al declararles San Pablo que ya no lo volverian á ver, como se refiere en el capitulo veinte de los Hechos Apostólicos. En tal conflicto se le ordenó á Catalina, que á imitacion de Santa Teresa su devota y maestra, se echase como muerta al mundo en un ataud para no ver ya á su director. Allí se estuvo en efecto por un gran rato hasta que se le mandó levantarse, remeciéndola, tirándola y dándole gritos. Al fin salió de aquel horrible y funesto recinto, pero muy de mala gana, protestando la habian privado de un buen rato, y que ya no sentía que se fuese ó muriese el confesor, porque era voluntad de Dios.

Resaltó mas su obediencia en otro lance, en que se le mandó tomar en la boca un hueso de muerto, y cogió una calavera que debió ser de algun moreno, que aun estaba fresca y con cabellos, y la conservó media hora. ¡Oh asombro! siendo así que fué suma su repugnancia al empezar la accion, porque naturalmente era muy aseada y melindrosa; pero

la obediencia le obtuvo, y ministró gracia y fortaleza para aquel terrible sacrificio, conservando en todo aquel dia ¡cosa horrible! entre los dientes con grandes vascas, las pasas de aquella cabeza recientemente dividida de su cuerpo. Tales eran los triunfos de su obediencia con la que cantaba repetidas victorias de sí misma, como que todo lo hacía por obediencia. Penitencias, austeridades, acciones repugnantísimas, todo lo executaba con gozo y facilidad quando se lo prescribía su director. ¿Qué hay que admirarse quando para ello la prevenian y disponian los auxilios de lo alto? Para esa conformidad en los dictámenes de los que gobernaban su espíritu, se encomendaba mucho al Señor quando se trataba de elegirlos, que fuesen de sólida piedad, ciencia y discrecion.

Lo mas prodigioso de su obediencia se mostraba en sus comuniones. A veces le parecía que estaba en pecado mortal, que se condenaba y desagradaba á Dios acercándose en tal disposicion á la divina mesa. Su imaginacion tan ingeniosa en atormentarla, le proponia estos objetos con la mayor viveza. Ocurría al confesor: le mandaba llegar al comulgatorio sin confesarse, pues no tenía de que: se rendía ciegamente á su precepto. Y Dios premiaba esta sumision á su confesor, que estaba asegurado

de su conciencia, con llenar de consuelos indecibles, sumergiéndo en una suavísima contemplacion, al punto de comulgar, á la que se creía incapaz de ello: y le duraba esta alegria, suavidad y despejo, aun despues que recibía la Santa Eucaristía. ¡Qué desembarazada quedaba de todos sus temores y recelos en tan felices momentos! En ese tiempo era quando se explicaba con libertad, y de esos instantes preciosos lograban sus confesores para saber algo de lo que Dios le comunicaba, de que lo mas no se sabe; pudiéndose decir que todo era fruto de su sumision y obediencia.

Un dia del Nacimiento le refirió á su confesor, que la Santísima Virgen le mandó renovar los votos que tenia hechos en lo posible á su estado de pobreza, castidad y obediencia, prometiéndole le alcanzaría fuerzas para obedecer. Y le reprendió el no haberse quedado en casa, habiéndoselo mandado el confesor. A este mismo propósito fué muy notable el caso que le sucedió por haberse ido á otra Iglesia, á fin de no comulgar por los grandes temores que la turbaban. Mandóle el confesor castigase sus pies, pasándolos por tres veces por el fuego de una vela encendida: no le fué dificil ni muy sensible, habiéndose preparado con la oracion para obedecer. Conociéndolo el confesor le pagó su obe-

diencia mandándola entrar en una angostura lóbrega que habia entre la pared y el retablo, y se mantuvo allí á espaldas del Sacramento muy gustosa, convirtiendo en cielo su cárcel, hasta que se le mandó salir de ella y que se arrojase y postrase humilde á los pies del confesor pidiéndole la perdonase; que solo sentía su disgusto, no la pena, y que de allí adelante obedecería en todo. Este confesor debió ser un hombre fanático

Llena de dolores provenidos de sus naturales indisposiciones, como de los golpes que permitía Dios le diese el demonio, como despues verémos, sanaba y se aliviaba de ellos solo con obedecer. Con solo mandarle darse una disciplina ó hacer otra mortificacion quedaba sana. Una buena penitencia mandada en la misma conformidad, era un remedio eficaz para sus otras enfermedades. Muger fuerte, siempre valerosa, cantaba las mas gloriosas victorias con su obediencia, y obligaba á la parte inferior á sugetarse en todo á la razon, como que nunca hizo su voluntad, sino la de Dios y sus superiores, con lo que mereció coronarse de triunfos, sojuzgando sus inclinaciones y apetitos. ¿Y admirarémos que habiendo sido tan sumisa y obediente, tolerase con tanta paciencia y conformidad, con el gusto y disposiciones del Señor, los trabajos, así interiores como exteriores, las enfermedades y angustias con que la pro-

bó Dios en todo el espacio de su vida? Porque fué tan obediente y sumisa, fué tan constante y fuerte; y perseveró quarenta y dos años con tanto teson en el camino de la virtud. Por su espíritu de docilidad y obediencia permaneció desde que tuvo uso de razon á los cinco años, sin entibiarse ni apartarse de los santos exercicios que emprendió desde niña. Por medio de esa virtud rendida y humilde conservó un mismo método en su fervor: no retrocedió de él, ántes subió haciendo los mas rápidos progresos. Por darle gusto á Dios se dedicó á su santo servicio en su primera edad, y no se desvió de él un punto, ni aun quando varió de estado.

§. XX.

SU AMOR AL PROXIMO.

EL grande amor à Dios la hizo que se entregase enteramente á tratar con Su Magestad en la oracion y contemplacion. Ese amor sublime la obligaba á mortificarse todo el dia en obsequio de su amado: *propter te mortificamur tota die*. Ese ardiente afecto hizo á Catalina tan humilde y obediénte: y de este mismo su admirable amor á Dios nació su exîmia caridad á sus próximos. Jamas ofendió ni agra-

vió á persona alguna por obra, de palabra ni aun por pensamiento. No faltó en lo mas leve á su marido, con cuyo consentimiento y sin perjuicio de lo que debia á su estado, practicaba quanto va referido y se dirá en adelante. El se gloriaba de tener en su compañía á una muger santa, que lexos de disgustarlo lo edificaba y daba exemplo. Sus hijos recibiéron la educacion correspondiente á su clase y condicion: y sus criados nunca se quexáron de escasez ni desnudez. Exâctísima en velar sobre su conducta, no los perdía de vista aun en el tiempo de sus éxtasis y raptos. Si notaba algun desorden, al punto trataba de corregirlo. Buena prueba tenemos de esta verdad en lo que le acaeció en el ya mencionado dia de la Natividad de nuestra Señora, en que estuvo tan engolfada en el oceano del divino amor, que ni estaba en sí, ni aun para tomar el alimento en mas de veinticuatro horas.

Habiéndole mandado su confesor que se restituyese á su casa, llegó á ella y se retiró al oratorio, donde permaneció aun en oracion. De tal situacion salió como inspirada de Dios, y halló un delito grave, que dixo hubiera perdido un ojo por no verlo. Lo castigó como merecía, y permaneciendo todavía sola en Dios, se volvió á su oratorio y siguió en su oracion sublime. Nada pues fué capaz de separarla

del exercicio de la caridad, no solo para con Dios sino tambien para con el próximo, mirando y atendiendo cuidadosamente por su bien y beneficio espiritual, así en órden á sus domésticos como á los estraños. Hacía penitencias y pedía fervorosamente por la salvacion de los pecadores, queriendo ser anatema si fuese preciso, con San Pablo, por conseguirlo, segun lo hemos indicado en otra parte. Pero no se contentaba con procurar la salud de las almas; se extendía á la comodidad y alivio de los cuerpos. Socorría las necesidades con limosnas. Aunque era tan austera consigo misma, segun hemos visto, nada escatimaba con sus hermanos, atentas sus facultades. Se condolía y lastimaba de sus enfermedades y miserias, en tanto grado, que en una ocasion llegó á escrupulizar del amor que le pareció demasiado que tuvo á una pobre á quien vió desnuda.

El hospital de Santa Ana de esta capital fué el principal teatro de la caridad de esta compasiva señora. Allí hacía las frecuentes visitas que no practicaba con sus iguales. Empleaba en ellas las tardes, despues que habia llenado los deberes de su casa y familia, y se retiraba á pie á su habitacion á las ocho de la noche, habiendo apurado todos los esmeros de su caritativa conmiseracion. Recorría las camas de los enfermos, las aseaba y tendía: los per-

suadía á tomar el alimento y los remedios: los regalaba y les disponía pucheros para alentarlos en su desgano, y les limpiaba y lavaba los vasos. Por último: ¡qué no hacía para aliviar sus dolores, excitándolos á la paciencia y conformidad para volverles mas tolerables y llevaderas sus dolencias. Algunas veces dió sanidad Dios por ella á los enfermos, como aconteció con una muger, que á juicio del célebre profesor de su tiempo Pedro de Utrilla, entre treinta heridas tenia muchas mortales, á la que curó y sanó aplicándole con fé viva un *Lignum Crucis*. Pero todavia es mas prodigioso lo que comunicó ella misma á su confesor, de que el Señor le hizo el favor de resucitar à su ruego á una muger que habia muerto en pecado mortal, para que se arrepintiese y confesase debidamente; mandándole Su Magestad la ayudase á satisfacer por sus muchas culpas, y que con efecto hizo por ella grandes penitencias.

Pagóle el Señor tanta caridad con los enfermos con extraordinarios favores que recibía en abundancia, especialmente luego que acabando de servir á aquellos pobres se retiraba, como hemos dicho, á la capilla del Calvario de aquel hospital de Santa Ana. Lugar en que permanecía en meditacion hasta las ocho de la noche en que se volvía á su morada, y de donde aseguraba que nunca salió vacía de favo-

res del cielo. En una de estas ocasiones se le manifestó el Señor y le significó su complacencia, diciéndole: *alíviame en mis dolores*, dándole á entender que lo aliviaba en los enfermos. ¡ Qué diversa situacion, qué distintas ocupaciones las de Catalina comparadas con las de otras personas de su calidad y de su sexô! Como sepultada en aquellas salas lóbregas en que todo conspira al horror y al disgusto. Allí no se ven mas de unos esqueletos que han empezado á labrar las enfermedades y accidentes á que está sugeta la humanidad: no se perciben mas de álitos corrompidos, que anuncian los que en breve ha de exhalar el sepulcro: no se oyen mas de lamentos y quexas que obliga á dar la descomposicion y descuaderno de aquellos cuerpos que presto quedarán inanimes, y que sucesivamente se van separando de la compañía de los vivos para juntarlos con los despojos de los muertos. Este es el sitio que prefiere esta heroina ilustre á los demas en que sus iguales no tratan mas que de lisonjear á su vanidad y á sus placeres. Allí se desengaña de lo que son las cosas de la vida transitoria, sin dexarse deslumbrar de su aparente brillo que á otras encanta. Allí aprende á morir bien, y da las mas importantes lecciones á las que viven tan olvidadas de aquel terrible lance.

§. XXI.

SU CARIDAD CON LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

QUIEN era tan compasiva de los míseros enfermos y los acompañaba hasta los últimos alientos, asistiéndolos en sus terribles agonías, ¿cómo cuidaría de mitigar los tormentos y penas de las almas del Purgatorio? Sabía muy bien, como tan católica, que fuera del lugar espantoso destinado en el centro de la tierra para suplicio eterno de los condenados, fuera del sitio en que tuvo Dios depositadas las almas de los antiguos Padres que esperaban la venida del Mesias prometido, y ademas del que encierra á los niños que mueren sin bautismo, hay otro quarto seno para que en él se purifiquen los que fallecen en gracia y amistad de Dios; pero que todavia deben por sus pecados alguna pena. Porque aunque Dios por su infinita misericordia y los méritos de Jesucristo perdona enteramente al pecador arrepentido el reato de la culpa ú ofensa, pero no siempre remite del todo el reato de la pena. Esta es preciso pagarla ó en esta vida con la penitencia y buenas obras, ó en la otra con los tormentos del Purgato-

rio. Deuda que debe satisfacerse irremisiblemente hasta el último quadrante ó maravedí, como se explica el Evangelio: así porque nada manchado puede entrar en el cielo, como porque las faltas que no se espiaron en este mundo, se han de borrar en el otro por el fuego.

Mas qué fuego! Es verdadero y corporeo como el nuestro, dice San Agustin, pero con notable aumento en su actividad. Es un instrumento elevado por la divina justicia, y que sopla su ira para castigar las almas delincuentes: queriendo mas Su Magestad hacer el continuado milagro de que un fuego material queme á unos espíritus, que el que estos entren en su gloria sin estar perfectamente purificados: siendo esta pena tan espantosa, que atormenta de unos modos maravillosos y verdaderos. Aun es mas atroz la de daño que es una separacion de la vista de Dios, tanto mas intolerable quanto el que la padece conoce con mas claridad las perfecciones divinas; y es arrebatado hácia ellas, y su goce con mas violencia. ¿Quién podrà dar una justa idea de estas penas? Aunque alguna de esas almas pacientes se pusiese á la vista toda cercada de esas llamas abrazadoras: atormentada por los verdugos mas crueles á que la entregó la divina justicia, no podría expresar las angustias, dolores y aflicciones que la agi-

tan. Algunas almas se le aparecieron en varias ocasiones á Doña Catalina: en otras oyó tambien que le clamaban con lamentables gritos, clamores y alaridos para que las socorriese. Lo que fué bastante á moverla á pedir al Señor por aquellas pobres desvalidas, que no estando ya en tiempo de merecer, y hallándose sumergidas en esa profunda noche en que no pueden trabajar por su rescate, necesitan de agena mano.

Es verdad que esas penas no serán eternas como las del Infierno: no pasarán del dia del juicio: pero hasta ese dia no se sabe quanto durarán. Se sabe que la Iglesia celebra anniversarios por los difuntos que muriéron doscientos ó mas años ántes, y el historiador Surio refiere, que fué revelado que el papa Inocencio III sería detenido en el Purgatorio hasta el dia del juicio. Esta dilacion horrenda en la que representaba su imaginacion á la heroina de Chile, comprendidas tal vez á las almas de sus deudos, y á las de los que vió morir todos los dias en el hospital, la hacía arder en vivos deseos de remover, en quanto estuviese de su parte, los estorbos que impedian á esas dignas esposas de Jesucristo para entrar en posesion del sumo bien. Uno de los mas insignes soberanos pontífices de nuestros tiempos, nos da la norma de cómo podrémos socorrer á esas feli-

ces necesitadas. Son muy eficaces, nos dice, para este fin los salmos, limosnas y sacrificios. Por los primeros se entienden las oraciones y exercicios devotos: por las segundas, todas las obras de caridad y misericordia, las penales y satisfactorias entre ellas las indulgencias: y por los terceros la sagrada Misa en que el mismo Jesucristo es el sacerdote que ofrece y la víctima ofrecida: hostia de un valor infinito, y por sí sola capaz de borrar los pecados de mil mundos.

De todos estos medios se valía la compasiva Condesa para aliviar las penas de las almas del Purgatorio. Les aplicaba sus oraciones, sus laboriosas penitencias, las misas que oía ó podia mandar decir. No nos ha quedado noticia individual de lo mucho que practicó en este género. Pero por tal qual especie que á pesar suyo comunicó á su confesor, podemos colegir las muchas que su humildad ocultaba en el secreto de su corazon. Estando en Pisco un dia, víspera de la conmemoracion de los difuntos, convencida de que la estableció la Iglesia con el espíritu de que en ella sean socorridos todos sus hijos que han pasado al otro mundo, aun los que no tienen padres, parientes ni amigos, que se conduelan de ellos con sus exercicios meritorios. En esta persuacion se fué á la Iglesia y veló allí toda la no-

che, dándose una disciplina de sangre tan rigorosa, que dexó un lago de ella en la tierra y teñidas y salpicadas las paredes, de modo que fué necesario recogerla y limpiarla para que no se notase. ¡Sangre inocente, que no pedia venganza como la de Abel, sino misericordia para aquellas dignas esposas de Jesucristo, á quienes solo faltaba su auxilio para entrar en el goce de su Señor.

Su Magestad le habia dado á entender que se disciplinase por ellas, y que con cada gota de sangre sacaría una alma. Alentada con esta promesa hizo prodigios de flagelacion, y se habria sacado la última gota, si el mismo Señor que se lo mandó no la hubiese contenido diciéndole: *suspende hija, que ya he cumplido mi palabra.* Arrojóse entonces al suelo á pedirle á nuestro Señor licencia para proseguir. Mas le sobrevino un gran desmayo, volviendo del qual se halló en manos de la Santísima Virgen Maria, que con dulcísimas palabras le expresó venia á pagarle su caridad para con las almas. Y si estas se le hiciéron visibles en otras oportunidades, con mucha mas razon lo practicarian en esta en que lográron tanto alivio por su medio. En tales dias de finados no se contentaba con lo que ella hacía: pedía á los sacerdotes y otras personas piadosas, misas, responsos, oraciones, penitencias y disciplinas

de sangre: todo le parecía poco. Se hubiera desgarrado, destrozando su inocente y delicado cuerpo si no la contuviesen sus directores, cuya voz hacía en ella el mismo efecto que la del ángel en Abrahan, siendo siempre aceptado por Dios su sacrificio.

§. XXII.

LA PERSIGUE EL INFIERNO.

UNA de las cosas que se admiran en la conducta de nuestro divino Salvador es, que estando para principiar su vida pública, se dexó arrebatar por su espíritu al desierto, para hacerlo el teatro de sus combates con el abismo. Para esto permitió que el príncipe de las tinieblas se atreviese á tentarlo, poco despues de su bautismo. ¿Y qué otra cosa nos quiso enseñar con esto el divino Maestro, sino que desde el principio de nuestra conversion á Dios debemos fortalecernos para resistir á las tentaciones, sabiendo que sin hacerles frente nadie conseguirá el reyno de los cielos, y conociendo al mismo tiempo quien es el principal autor y artífice de ellas? ¿Qué otra cosa nos quiso mostrar sino que no hay tentacion que no se pueda vencer con la divina gracia, con la oracion, el ayuno, la leccion espiritual, la medita-

cion de los preceptos del Señor, con la constancia, fortaleza y confianza en Dios, de que nos dió el mas relevante exemplo en aquellos quarenta dias de su abstinencia? ¿De qué otra cosa quiso dexarnos y ofrecernos una clara idea, sino de que quantos habian de exercer en su Iglesia el ministerio de doctores, predicadores, apóstoles, y quantos debian en lo venidero aventajarse en la virtud y santidad, pasarían precisamente por la gran prueba de las tentaciones? Se hallaba nuestra admirable Condesa íntimamente convencida de esta verdad. Por eso se armó desde muy temprano de esas armas, con que la instruyó el Salvador á vencer al comun enemigo.

Este la atormentó mucho, ya maltratándola corporalmente, ya tentándola y asustàndola en formas varias y horribles. Llegó su osadía á sacarla de los brazos de la cruz donde oraba, dando con ella en tierra y golpeándola. Estando en oracion en la misma cruz, le estiró los brazos sobre ella; diciendo era esto para enseñarla á mortificarse, y con el mismo pretesto le quitó y arrebató otra vez la disciplina. En cierta ocasion con un puntapie la arrojó de un estrado, y en otra hubo de estrellarla contra un confesonario. Habiase puesto en oracion por humildad debaxo de una cama, y fué tanta la rabia y furor de los espíritus infernales, que la suspendiéron de

pies y manos, atormentándola como en un potro. Le protestó á su confesor que en aquel fiero lance conoció que se moría y se le acababa la vida, pero siempre firme en que se hiciese la voluntad de Dios, hasta que reflecciónó que moría sin Sacramentos, y pidió no acabar la vida sin recibir á su dulcísimo Jesus. Y sintió que venía *el Sol en el Sol*, espresion suya, y que le decía: *Yo soy vida, salud y fortaleza, y quiero comunicártela*; y se le hizo sensible en su corazon por tres horas la presencia de Jesucristo. Un dia despues de acostada y recogida la maltrató gravemente el demonio, oyéndose los golpes en la casa.

Testifica un sacerdote digno de fé, que oyó referir en la villa de Pisco á personas ancianas, que en la casa inmediata á la de la Señora Condesa, que está en la calle de San Juan de Dios, se hospedó un pasagero y durmió en un quarto contiguo al de dicha Señora. A la media noche oyó terribles golpes y alaridos que lo aterraron y obligaron á dexar la cama y salir no solo de la vivienda, sino tambien de la casa hasta la calle: y refiriendo por la mañana lo que pasaba á los vecinos, conocieron por las señas que los ruidos habian sido de los demonios en la habitacion de la Condesa, y los alaridos de esta, á quien aquellos molian los huesos con un

mazo en ciertos dias de la semana, lo que se habia ya hecho público en el lugar, por haberlo oido otras muchas personas. No pedía ni intentaba la paciente Catalina que la librase Dios de estos martirios y persecuciones de Lucifer y los suyos, porque quando lo quería hacer sentía escrúpulo y se turbaba, pareciéndole que era resistir y oponerse á las divinas disposiciones. Y de aquí se infiere la gran conformidad que tenia con ellas, y como las adoraba en todos sus padecimientos y demas acciones.

Estando en oracion en la cruz segun su costumbre, un dia dos de octubre, antevíspera de San Francisco, la arrojó el demonio entre llamas infernales y animales inmundos que la mordiéron, quedando toda cubierta de una especie de lepra, de que la sacó el santo á quien invocó, pero toda tan molida y hecha pedazos, que fué necesario sangrarla. Mucho padeció en este género, sin que la dexase el furor diabólico ni aun en la Iglesia, pues una vez estando en ella la estrechaban por la cintura apretándole las entrañas y haciéndola pedazos hasta que dió gritos al confesor: *Padre, quìteme esto, quíteme*, y se libró. Sin duda porque su humildad confundía su soberbia y altivez. Ya que no podía vencerla y rendirla con sus violencias, se valía de las astucias y engaños. Se le presentaba baxo las formas

mas horribles y espantosas que le causaban desmayos y sustos mortales. Ya le saltaba á la cara de un vaso de agua en figura de culebra, sapo ú otros animales como á San Antonio Abad: ya se le representaba en la apariencia de un atrocísimo escuerzo ó acompañado de sus aliados. Hubo vez en que se le pusiéron dos demonios en forma de escapulario, uno en el pecho y otro á las espaldas, y la hubo en que se halló con la saya llena de gatos infernales. Se valió tambien de alguna figura ridícula para inquietarla, como quando se le presentó con paño de cabeza muy de mañana. ¿Qué novedad es esa? le dixo la Condesa con desprecio y risa. *El tragin*, contestó, *y las madrugadas. Es verdad*, repuso Catalina, *que la que hiciste para oponerte á Dios te tiene tan malo*: con lo que huyò todo corrido.

Por quince dias padeció de una tentacion de sueño tan pesado que declinaba en letargo, con gran repugnancia para todo lo espiritual; mas triunfò de ella con la oracion y comunion. Y siendo estas el gran remedio para librarse de las acechanzas del enemigo comun, intentò todavia este separarla de la oracion, suscitándole escrúpulos y vanos pretestos, pero no lo consiguió. Solía tambien hurtarle la llave con que salía á deshoras á la Iglesia á orar, y despues la hallaba en su casa ò en la cama. Re-

saba el Rosario en la capilla de cierta Iglesia, y viò bramando dos demonios. El espíritu de tinieblas que para deslumbrar á los hombres suele transformarse en ángel de luz, acostumbró tambien con el mismo designio, disfrazarse en algun Santo, poniéndose delante de la Condesa en trage de San Francisco, ó de San Felipe Neri, con el pretesto que iban á consolarla. Pero los siervos de Dios tienen unas reglas y signos fixos para descubrir tales ilusiones. Conociólas en efecto la Condesa, y Satanás desapareció corrido y avergonzado. La vision que mas la atormentaba era quando al tiempo de comulgar le decia; que solo esperaba aquella comunion para arrebatarla y precipitarla en el abismo. Pero siempre lo venció, aunque padeciendo grandes turbaciones y angustias. Lo que mas sentía y la atormentaba en aquel lance, era juzgar que Dios permitía esas visiones porque estaba en pecado. Este dolor le causaba suma tristeza y graves enfermedades, de que se sacudía con la oracion y comunion misma que serenaba la borrasca, y con invocar los santos nombres de Jesus, Maria y José, de que era devotísima.

§. XXIII.

EL CIELO LA FAVORECE.

Al contemplar el señor Rivadeneyra la cruel guerra que le declaró Lucifer á este ángel humano, y el martirio de infierno que la hizo padecer por varios y diversos modos, para mayor gloria de la sierva del Señor, que con estas tribulaciones fué probada y purificada como el oro en el crisol, para descubrir todos los quilates de sus virtudes, la compara á aquella muger prodigiosa que vió San Juan en su Apocalipsis. ,, Ella apareció, dice, en el cielo como milagro, en que está significada una alma santa, que por su contemplacion y oracion está en los cielos. Al verla el dragon coronada de luces pisando al mundo y teniendo á la luna, geroglífico de este á sus plantas, volando siempre con sus grandes alas para Dios, en desierto de criaturas, se le puso el monstruo por delante á perturbarla y asustarla vomitando iras.“ Así á esta muger maravillosa adornada de las mismas cualidades que se dexó ver en el cielo peruano con asombro de sus moradores, permitió Dios se le opusiese, para que no diese á luz los hijos de los santos propósitos que habia concebido ayudada de la gracia. A esta privilegiada cria-

tura prevenida de las mas dulces y abundantes bendiciones persiguió con tanto teson, pero sin efecto, la antígua serpiente.

Confiada en la bondad del Altísimo se acogió á su sombra, y vivió segura de todo mal. Vos sois, le decía con David, mi protector y refugio. En tí puse mi esperanza, y me librareis de las asechanzas enemigas, frustrando su rabia y su furor. Cubierta con vuestras alas evitaré todo desastre. La fidelidad de vuestras promesas es mi escudo para no temer las terribles sombras de la noche. No me amedrentan las saetas disparadas entre dia, ni los ardides preparados para arruinarme en las tinieblas, ni los declarados asaltos del infierno. Caerán de mil en mil mis enemigos á mi diestra y mi siniestra sin hacerme el menor daño. El Señor me puso á la custodia de sus ángeles, encargándoles mi guarda y asistencia. Ellos me llevarán en sus brazos para que no me estrelle en los escollos. Caminaré sin peligro sobre áspides y basiliscos, y hollaré los dragones y leones. Porque es justo que libre Dios de todo riesgo á quien seperó en él é invocó su santo nombre. Es imposible que no oiga, que no asista y saque glorioso de la tribulacion á quien implora su socorro: que nó le conceda una vida feliz que corone con su gloria.

En efecto la divina providencia veló con especialidad sobre nuestra ilustre Condesa, como llevamos referido. En todo la distinguió el Señor: en las prendas de la naturaleza, y en los dones de su gracia. La dotó singularmente de unas y otras. La vimos brillar en el estado de virgen en los primeros diez y seis años de su edad, y ser un perfecto modelo de casadas en el matrimonio. Resta unicamente que hagamos sensible, recopilando con alguna mas expresion, que en ambas situaciones fué un objeto de las complacencias del Criador. Si volvemos á sus principios, ¿quién no reconocerá un especial favor del cielo en una niña ilustre, en quien desde la edad de cinco años se hallan perfectos los órganos de su delicado cuerpo para exercer del modo mas sublime las operaciones de su bella alma? Que se adelanta en ella la razon, no para la vanidad, para fomento de la grandeza mundana, ni para refinar sobre las modas y frívolos entretenimientos que se llevan por lo comun la atencion de las de su séxô; sino para conocer á Dios, amarlo y servirlo, sostituyendo la abstraccion y retiro à las diversiones y compañías del siglo. Verdaderamente que este es un portento que no se puede ponderar con exceso, en medio de unos tiempos tan corrompidos y estragados. Mucho se interesaba la providencia en conservarnoslo para nuestra edificacion y exemplo.

En cuya consecuencia debemos mirar como un favor singular el que contó ella misma á su confesor, que pasando un rio siendo niña con su madre, estando en peligro de ahogarse, „por estar el vado peligroso, se apareció Jesus, Maria y José, que cogiendo el freno la sacó á tierra. ¡Oh, y lo que favorece este Santo, pues no se dedigna para socorrer á los que ama de hacer estos oficios!" Ni fué de los menores beneficios que le hizo el cielo el haberle preparado por marido al Conde de la Vega. La providencia lo conduxo á Chile, por unos caminos estraños que parecen acasos y son regladas disposiciones. Su casamiento fué obra de una obediencia rendida y del consejo de su devotísimo Señor San José, que en consorcio de la purísima Virgen fué padrino en su desposorio, segun la misma Condesa se lo comunicó á su confesor. ¿Cómo pues no habia de tener el mas feliz exîto una alianza tan bien concertada? Los personages mas ilustres y grandes de la corte celestial se dedican como á competencia, á honrar y favorecer á esta sierva del Señor. Muchas veces le declaró á su director que percibía sensiblemente que Jesus, Maria y José hiciéron asiento en su corazon, por lo que les era muy devota y tenia sus tres efigies.

Al principio solo poseía la de la Virgen: deseaba mucho la de San José, movida de una muy her-

mosa que viò en la Iglesia de San Francisco, y al volver á su casa se halló con ella sin saber como, ni haber comunicado á nadie su pensamiento. Le faltaba la del Niño, que se la dió la Señora su madre. Y asi compuso aquella trinidad terrestre, que hacia todas sus delicias y encantos, á quien se encomendaba y la colmaba de favores. Los amaba tanto, que llegó á decirle á su confesor, que tenia envidia á los morenos bozales señalados, porque quisíera andar como ellos, marcada con los nombres de Jesus, Maria y José. Fácil es, le respondió, mandar labrar los fierros con que se forman esas señales, y le instaba que los mandase hacer. Individuemos mas esta materia con los sucesos admirables que la confirman. Ya se ha dicho que cada vez que comulgaba la llenaba Jesus de favores: que se le apareció entre las hortigas alentándola á la mortificacion, y sanándola de los maltratos del demonio. Por tres veces se le dexó ver en forma de hermosísimo niño; ya colmándola de consuelos espirituales, ya en un día memorable del nacimiento, para el que se habia preparado desde el principio del año; y mereció que la Santísima Virgen le convidara el bello niño con el mayor agrado. ¡Oh alma dichosa, que en tanto tiempo se dispuso para ser morada decente de tanta magestad! Y ya viniéndola á pagar el

amor que le tenía á su padre José. ¡Quánto la honró la Virgen Soberana! quántas veces la visitó y cubrió de consuelos y beneficios! La sanò de los ojos que se habia lastimado por no ver una comedia. ¡Con qué gracia y benevolencia le agradeció su caridad con las benditas animas, y su devocion á su purísimo esposo, asegurándole su salvacion y la de sus verdaderos devotos!

§. XXIV.

OTROS FAVORES DEL CIELO.

HACIA la Condesa todos los años la fiesta de los desposorios. En un año no tuvo con que costearla, y estando en la Iglesia de la Merced se le llegó una señora y le dixo: „Sé que usted hace la fiesta al desposorio: ahí tiene usted ese dinero para ayuda de la fiesta“ y vió eran diez y nueve doblones de á diez y seis los que le habia dado. ¿Quién habia de ser esa matrona incógnita, que tanto gustaba y mostraba tanto zelo de que celebrase el desposorio de San José, y qué oblaba las onzas en un número que le está consagrado, sino su misma divina esposa MARIA, que en el cielo lo llama esposo, como piensa Isidoro Isolano? Pero aun mas sin-

gular es el suceso siguiente. Contemplaba la gran Catalina las excelencias del santo Patriarca JOSE, y haciéndosele presente nuestra Señora la Virgen, le reveló que una de las cosas con que podría agradarla mas, sería llamàndola *esposa de* JOSE, y que quando la saludase diciendole: *Dios te salve Esposa del Espìritu-Santo*, añadiese: *Dios te salve Esposa de José.*

¡Quántos y quan grandes portentos obraría con ella este insigne Patriarca, quando lo eligió por especial patron de su casa: que le prometió por dos veces su patrocinio y amparo, se constituyó su padrino, y la libró de ahogarse! Pedíale á JESUS, MARIA y JOSE la salud de su esposo el Conde, en ocasion que estuvo muy malo; y vió ¡cosa admirable! que los dos purísimos consortes en sus imágenes inclinaban sus cabezas á pedirla al Niño, y MARIA le aseguró que la concedía y otorgaba su hijo. No fué menos devota y favorecida de San Joaquin y Santa Ana, padres de la sublime María y abuelos del Soberano Jesus. A su devocion debe Pisco los primorosos bultos de Jesus, María y José, y de María, Joaquin y Ana, que allí se veneran. Otros varios santos la solian visitar: San Agustin le dió una vez la comunion: San Felipe Neri la consolaba: San Francisco la sacó del lago de animales in-

mundos, y le volvió su escapulario que se le perdió, ó se lo hurtó el diablo. En otra ocasion se le mostró asociado con Santa Rosa de Viterbo, prometiéndole que con el tiempo vestiría su humilde hábito, y entonces se lo pusiéron, siendo su padrino San José.

Dexo otras visiones y favores, dice el Señor Rivadeneyra. Ella las ocultó quanto pudo, sin que persona alguna fuese de su satisfaccion para confiarle este secreto, y si al confesor pudiera se lo ocultara, mas no podia, bien que ántes de decir sus cosas las exâminaba procurando disminuirlas y deshacerlas, para disimular la certeza que de ellas tenía. Lo sucedido con otros confesores no lo revelaba sino movida de algun escrúpulo. Repito una y muchas veces, que el tiempo de declarar los favores que habia recibido de lo alto, era despues de comulgar. Entonces hablaba con franqueza y se lograba saber algo de lo que Dios le habia comunicado, y se tiene por cierto que lo mas se ignora. Siempre admiró sobre todo su perseverancia, constancia y fortaleza en el camino de la virtud por el espacio de quarenta y dos años continuados sin interrupcion. Gracias á Dios y á Señor San Jose, baxo cuyo patrocinio creció y mereciò tanto.

Hay ciertas operaciones que no estân sugetas á las reglas naturales, ni pueden exercitarse sino

por una virtud sobrenatural, y que recayendo sobre una conducta irreprehensible, son indicios seguros de la santidad. De esta clase se notaron muchas en la Condesa, no obstante su empeño en disimularlas y esconderlas. Curar ò sanar enfermos desauciados, evocar los difuntos á la vida, los raptos y éxtasis frecuentes entran en este género, y los hemos admirado en la Condesa. El penetrar los secretos del corazon es regalía reservada á solo Dios, y hubo ocasion en que se la participó Su Magestad, quando le descubrió á un criado suyo ciertos pensamientos damnables que maquinaba, exhortandolo á la enmienda, con grande admiracion del doméstico que á nadie habia declarado su interior, y contaba absorto el pasage muchos años despues de la muerte de su Señora. Saber lo que pasa en distancia sin noticia previa, y transportarse sin sentir de un lugar á otro, es otro prodigio que se cuenta de la Condesa.

Se hallaba en Pisco, y tuvo conocimiento oculto del parto de su hija Doña Rosa Vazquez de Acuña, casada con Don Gregorio Cavero, que residian en su hacienda del valle de Condor. Al punto se presentó en casa de la doliente, que admiraba como lo supo tan presto, y como habia venido, acompañada de una beata que igualmente lo ignoraba, y á quien

se le encargó por la Condesa el secreto. No es menos notable el siguiente suceso. Reparó el Conde su marido que á veces despues de acostados no parecía la Señora en la cama, mas oía à alguna distancia unos golpes como de disciplina, lo que le obligó à observarla con mas cuidado sin darse con ella por entendido. Otra noche notó que se iba escurriendo poco à poco de la cama, y se fué al oratorio, donde luego oyó el ruido de la disciplina. En la noche siguiente cerró con disimulo las puertas y guardó las llaves. Levantóse la Condesa creyendolo dormido: se halló con las puertas cerradas; pero dentro de poco percibió el Conde el estruendo de la disciplina àcia el mismo oratorio, creció el espanto del Conde que había cerrado las puertas y tenía las llaves. Se sosegò persuadiéndose había salido por una ventana safando algun balaustre. ¡ Mas cual fué su asombro cuando al otro dia, reconoció íntegra y sin lesion alguna la ventana, sin que pudiese pasar de una pieza à otra, sino por milagro! Estos portentos con que la omnipotencia se hace admirable en sus santos, se viéron tambien en la heroina de Chile: los publica la fama, y dan aún la mas relevante prueba de su virtud y santidad, al cabo de mas de ochenta años que han pasado.

Solo resta disolver las objeciones que podía

oponer à lo dicho la incredulidad. Que se entreguen, dirà á una mortificacion tan portentosa los pecadores que han agraviado à la divina justicia, es muy de razon; pero que se sometan à sus rigores los que siempre anduviéron en la inocencia de su corazon, parece estraño, y mucho mas en una persona casada y noble, cuyo estado y clase parecen incompatibles con ese trage, esa cama, ese retiro, esas maceraciones y ayunos à que tenía derecho para oponerse su marido, y el gobierno de su casa. Para prevenir tan especiosos reparos, debemos suponer lo primero: que la inocencia penitente hace todo el caràcter del cristianísmo que debe gloriarse con la cruz. ¿Quién mas inocente y penitente que Jesu-Cristo nuestro divino maestro? El mismo camino siguiéron su precursor, sus apóstoles y santos, las Catalinas y Rosas; y si este no es argumento contra ellos y ellas, tampoco debe serlo contra la Condesa. La penitencia es de todos tiempos, caminos y estados; porque no durmiendo los peligros es preciso esten en vela perenne las cautelas, con los auxîlios y socorros de la gracia. Supondrémos lo segundo: que desde el principio tuvo el Conde gran concepto de la virtud de su consorte. Antes de casarse conocía lo que era; su oracion, su mortificacion, su retiro: desde entonces la

respetaba y veneraba, convencido de que tenía muy arreglada su casa. Es regular que ambos se conviniesen, en que no se le había de poner obstàculo alguno en el método de vida que había abrazado, para lo que diariamente tenìa nuevos motivos, y mas cuando sus exercicios eran sin perjuicio, y no impedían el cumplimiento de las obligaciones de casada.

§. XXV.

SU MUERTE Y FAMA POSTUMA.

LA muerte del hombre no se debe considerar como la de los animales, solo como un fin de la vida. Aún así por un natural instinto se hace terrible y estremece à los que carecen de razon: ellos tiemblan cuando les acomete. Lo que la vuelve terribilísima à todo racional, es el ser principio de una eternidad que no se sabe si será feliz ó desgraciada. Los gentiles mismos dotados del conocimiento de un ser supremo, y à quienes han adornado las ideas de la justicia, y hasta los mismos ateistas que trabajan en vano por hacerse necios, se llenan de horror al acercarse el último momento; pero en los que hace y debe hacer la mas fuerte impresion, es en los cristianos à quienes propone la fé y la religion

cuanto les espera en aquella profunda y espantosa noche, en que ya nadie puede trabajar en su salvacion si antes no lo ha egecutado: *venit nox in qua nemo potest operari.*

Unicamente la muerte de los justos, de aquellos digo, que, como las vírgenes prudentes, se previniéron del aceyte de las buenas obras, á fin de conservar encendidas sus lámparas para acompañar al esposo á las bodas: sola esta muerte repito, serà preciosa á la vista del Señor: *prætiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.* Tal fué la de nuestra esclarecida Condesa. Esta muger fuerte, modelo de Virgenes y casadas, pasmo de penitencia y mortificacion, tan admirable por tantas otras heroicas virtudes que practicó, tan angustiada y atribulada mientras estuvo en este mundo, se halló poseida de gozo, alegria y de una paz imperturbable, cuando vió que se acercaba aquel lance tan fiero para otros: *ridebit in die novissimo.* Toda abstraida del siglo y dedicada desde su tierna edad á practicar el bien y evitar el mal, no tenía otros pensamientos que los de agradar al Señor en todas sus acciones, aumentando su gracia y dando gloria à Jesu-Cristo. Por eso en su muerte que sabía muy bien que estaba cerca, y se la anunciaban sus trabajos, enfermedades y dolores, de modo que podía decir-

se *vivìa de milagro*: en su muerte en que esperaba el premio de sus austeridades, ayunos, vigilias, penitencias y retiro, se llenò de placer y contento.

Ya pasó el áspero invierno, la copiosa lluvia y la tempestad: sucedió la suave calma y serenidad, pudiendo exclamar con el anciano Simeon: tiempo es ya de que se me cierren los ojos, pues nada mas tengo que ver y esperar sobre la tierra, cuando el divino esposo me franquea su vista pacífica y perpetua, y và á cumplirme todo lo que tiene prometido á las almas fieles empleadas en su servicio. Podemos creer piadosamente que JESUS, MARIA Y JOSE, que como hemos visto, tanto la favoreciéron en vida con los demas devotos suyos, echáron en su última hora todo el resto de su fineza, y la asistiéron con su angel tutelar hasta su postrer aliento. En estas disposiciones pues, llena de merecimientos, preparada muy de antemano para un dichoso tránsito, murió nuestra piadosa Condesa con la muerte de los justos en veintisiete de abril de mil setecientos treinta y dos, en la hacienda sita en el valle de Condor, jurisdiccion de la villa de Pisco, perteneciente á Don Gregorio Cavero y Céspedes marido de su hija Doña María Rosa Vasquez de Acuña; donde dos dias antes en veinticinco de abril había otorgado su última disposicion testamentaria á los cua-

renta y seis años once meses y veintiun dias de su vida. Es verisimil que en este paso la asistió el celebre padre Baltazar de Moncada, tan estimado en Lima por su virtud sublime y su eminente sabiduría: se dice fué su confesor, y que dixo su oracion fúnebre hallándose à la sazon en Pisco. A este varon ilustre le dió la Condesa un relicario de tumbaga de su uso, es regular fuese en aquel momento: conservó esta prenda el padre citado, hasta el año de mil setecientos sesenta y ocho, en que, de partida para España, se la remitió à la nieta de la Condesa la Señora Marquesa de Torre-Tagle con su primogénito Don José (d) de Tagle é Yzazaga.

(d) El padre Baltazar de Moncada nació en la ciudad de Caxamarca en el Perú en 17 de setiembre de 1683. Entró en la compañia de Jesus en 18 de setiembre de 1698: estudió filosofia y teologia: enseñó gramática, filosofia y teología: varon de óptimo ingenio, buen juicio, prudencia y experiencia: de un aprovechamiento màxîmo en las letras: débil de salud, de complexîon ardiente, de un gran talento para todo ministerio. Fue rector provincial de Lima y Quito, prefecto espiritual, operario de españoles, doctor teólogo y catedràtico en la universidad de San Màrcos: profesó en 10 de octubre de 1716. Murió de ochenta y seis años en el mar caminando expatriado à España, por la comun desgracia de su compañia en 1769. Sugeto excelente digno de mejor suerte y destino, heredero del

„ ¡Dichosa villa, concluye el Señor Rivadeneyra (apostrofando à la de Pisco) que mereció tener viva esta joya, y ahora poseer enterrado este tesoro! Este es un oscuro bosquejo de sus virtudes: esta es una tosca huella de los pasos de su espíritu, mejor digera *vuelos*: pués volaba ácia Dios arrobándose continuamente: amaneció á este mundo como aurora, logrando en su primera edad darse á la piedad con tan claro conocimiento de Dios: creció luna pero sin menguas en la virtud, porque fué siempre luna llena de perfeccion: llegó à su ocaso como sol cercado de resplandores, y al morir creo piadosamente, que pasó su alma derecha al Empireo, porque fué mucha su penitencia y mortificacion y muy sublime su virtud é inocencia. Cuanto vá apuntado en este papel concluye lo sujeto al parecer de

---

zelo apostólico del padre Alonso Mesía. Entre otras obras de edificacion promovió la casa de exercicios espirituales de mugeres. Cuando murió la señora Condesa tenía dicho padre cuarenta y ocho años, siete meses diez dias, siendo mayor que ella un año, siete meses diez y nueve dias. El pasage referido del relicario confirma la congetura de que fue su confesor, y la ayudó á morir, aunque no falta quien diga que el orador de las exêquias fue el padre Francisco Ballesteros de la misma compañia, se tiene por mas cierto que lo fue el padre Baltazar de Moncada.

los doctos en la mística, y al dictámen y censura de los tribunales eclesiàsticos; por que no he tenido mas motivo de este trabajo que me he tomado con gusto, sacándolo de apuntes que hice de cuanto me decía y sabía de ella, sino que Dios sea glorificado y se alienten las almas á la perfeccion con el exemplo de esta ilustre Señora.“

Luego que espiró se llenó Pisco del buen olor de sus virtudes y su fama: comunicòse la noticia á esta capital de Lima, y no se hablaba de otra cosa que de la señora Condesa de la Vega Doña Catalina de Yturgoyen y Lisperguer. Cada uno y cada una contaba lo que habia visto ú oido, y todos la tenían por un portento de santidad: habiéndosele enterrado en la iglesia de los padres de la Compañia de Jesus, se le hicieron solemnes honras y exéquias, con sermon que predicò el célebre orador jesuita muy proporcionado à la grandeza del asunto. ¡ O y si se hubieran conservado los maravillosos razgos de sagrada elocuencia con que en aquella oportunidad se formó su retrato, tendriamos una idea mas cabal de tan apreciable original, que no hemos podido bosquejar ni aun medianamente, así por falta de colores vivos como por la poca destreza del pincel.

Con todo no podemos dexar de ponderar de nue-

vo los cuidados de la divina providencia en honor de esta amada sierva del Señor. A pesar de todo el cuidado que puso en ocultar su vida interior, no obstante la falta de documentos que testifiquen sus acciones heróicas, sin embargo del poco cuidado que se tuvo en fijar las especies que corrian en el tiempo en que falleció, y la falta de muchos testigos que pudieron declarar los hechos que en aquella época eran públicos, y de que ya casi no queda memoria por la edacidad del dilatado espacio de ochenta y tres años que han corrido: con todo es muy de notar que hayan pasado á nosotros las noticias, no á la verdad completas, pero suficientes para disponer este compendio y formar concepto de ese portento de la gracia del Señor. No se puede repetir con demasía la grave y enérgica expresion del docto padre Juan José de Salazar, jesuita limeño, que en la vida que escribió del venerable padre Alonzo Mesia, despues que refiere su muerte acaecida en cinco de enero de mil setecientos treinta y dos, añade estas palabras de oro: „Siguióse por el mes de abril de mil setecientos treinta y dos, la muerte de la señora Condesa de la Vega Doña Catalina Yturgoyen y Lisperguer, heroina de sublime santidad, mas ilustre por el título de muger digna de altares, que por el de su calidad ventajosa." Elògio el mas completo, aunque tan breve.

De esta suerte se ha extendido su fama póstuma hasta nosotros: se me ha asegurado por un párroco, sacerdote de verdad y juicio, que no ha muchos años vió íntegro el cadàver de la señora Condesa, con el motivo de hallarse en Pisco, y haberse roto la tabla que cubria la bóveda en que està depositada. Con mucho gusto hemos reunido todas estas noticias, poniendo en órden las que dexó en caos el señor tesorero de la iglesia del Cuzco Don Juan José de Rivadeneyra, en un cuaderno que se conserva en la casa de los señores Condes de la Vega del Ren, para que mediante la imprenta se den al público, y se pongan en manos de todos, à fin de que se propague tan edificativo exemplo. Aquí se verá que todo lo puede el cristiano con la gracia del Señor. En medio del mundo podemos retirarnos de él y ser santos, sin que nada pueda separarnos de la caridad y amor de Jesu-Cristo.

¿ Quis ergo nos separabit á caritate Cristi ?

Ad Romanos 8. v. 35.

FIN.



